

José María Salaverría

**EL INSTANTE
DRAMÁTICO
Y OTROS ARTÍCULOS**

CLÁSICOS DE HISTORIA 565

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA

**EL INSTANTE DRAMÁTICO
Y OTROS ARTÍCULOS**

El Instante Dramático
Folletos Contemporáneos
Madrid, 1934

<https://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000256771>

ARTÍCULOS

Miren Bilbao Notario

José María Salaverría: España en su pensamiento político
<https://deustoteka.deusto.es/items/fcfffac7d-14f0-49d6-a4f8-9ac75cb6dd93/full>

Lau Haizeetara. Biblioteca digital.

El Pueblo Vasco
<https://liburutegibiltegi.bizkaia.eus/handle/20.500.11938/82155>

ÍNDICE

EL INSTANTE DRAMÁTICO

“Au dessus de la mêlée”	4
I. El transeúnte emocionado.....	6
II. Destronamiento y jubilación de Castilla.....	10
III. Éxito y desventura de los intelectuales.....	13
IV. Loa de las estatuas en salvo.....	17
El espectro del rey a caballo.....	17
La sonrisa del rey empelucado.....	18
La diosa iluminada.....	19
V. Don Quijote ha sido también jubilado.....	20
VI. Ante las gradas del Parlamento.....	24
VII. El signo final.....	28

ARTÍCULOS

El conejo de Indias (<i>ABC</i> , 4 de julio de 1931).....	37
El sub-pueblo (<i>La Vanguardia</i> , 14 de julio de 1931).....	38
Los vascos en entredicho (<i>El Nervión</i> , 15 de agosto de 1931).....	40
Castilla transfigurada (<i>El Pueblo Vasco</i> , 30 de septiembre de 1931).....	42
La República con suerte (<i>ABC</i> , 9 de febrero de 1932).....	44
Lerroux (<i>ABC</i> , 16 de febrero de 1932).....	45
La política y las letras (<i>El Pueblo Vasco</i> , 14 de julio de 1932).....	46
Purgatorio nacional (<i>ABC</i> , 16 de septiembre de 1933).....	48
El voto de las Amazonas (<i>El Pueblo Vasco</i> , 26 de noviembre de 1933).....	50
Conversación con Primo de Rivera (<i>El Pueblo Vasco</i> , 9 de enero de 1935).....	51

EL INSTANTE DRAMÁTICO

“Au dessus de la mêlée”

Hace unos años (1927) publiqué un libro: *Instantes*. Es decir, el libro precursor que quería expresar el gesto, el guiño, el temblor y la contorsión de la vida en curso. Captar el instante pasajero. Como el fotógrafo que planta su máquina de pronto, mete la cabeza en la envoltura de paño, asesta la mirada y detiene en una placa el gesto de un punto del accionar cósmico. Yo no soy aquí más que un fotógrafo. Un fotógrafo, desde luego, emocionado. Yo no era en aquel libro *Instantes*, como en este otro INSTANTE DRAMÁTICO, más que un aficionado de historiador que trata de fijar unos cuantos hechos a la manera libre, independiente, acaso arbitraria, del hombre sin partido, sin secta, sin capilla, sin tertulia; el contemporáneo curioso y expectante; el francotirador alerta y vagabundo. El Transeúnte Emocionado.

Entonces, en 1927, la atmósfera estaba llena de presagios; pero aun conservaba la vida reservas de habitabilidad y aun no había quebrado la *prosperity* estadounidense ni se conocía la desolación de los obreros parados ante un pañuelo petitorio en mitad de una acera. Y Primo de Rivera, aunque ya llevase dentro la tragedia de la convicción de su propia imposibilidad, todavía conservaba en pie el andamio del Estado condenado a muerte. La muerte, entretanto, iba haciendo su oficio. ¿Cómo no, si se había echado mano al último recurso (y el último gran recurso es la espada de un general) y ya nadie podía evitar la precipitación de los acontecimientos? “Sobre todo, la inteligencia”, me atreví a escribir cuando España se lanzó a la formidable aventura de la dictadura. Pero falló la inteligencia, y la dictadura se dirigió paso a paso hacia la revolución.

Ahora hemos penetrado en otro acto del drama. España se ha arrojado a la prueba más conmovedora: dar un salto a cuerpo limpio desde el trampolín o la plataforma de la tradición para caer en el ignorado fondo de las estremecedoras contingencias. ¿Ha escogido bien su hora? ¿Era éste el momento oportuno para jugar a las revoluciones? Pero antes haría falta saber si los pueblos pueden elegir la ocasión de sus determinaciones. Algo misterioso y profundo los empuja y obliga a saltar. Ya está. Empujada por alguien, oportuna o extemporáneamente, España “se ha lanzado” a lo desconocido.

Au dessus de la mêlée... ¿Pero esto es posible completamente? Cuando todas las pasiones andan sueltas por la calle, sería empresa de un semidiós el conseguir librarse del contagio. Tampoco llegará el escritor a impedir que le alcancen los empujones si se arriesga a meterse entre el tumulto de la plaza pública, henchida como nunca de gritos desaforados, de energúmenos sueltos, de vociferaciones y pedradas. Los tiempos se han hecho duros; la marejada de la política nos arrastra a todos, y no tiene uno más remedio que nadar en medio del remolino. No; esta imagen del naufrago que lucha con la marejada creo que no es bastante expresiva. Prefiero la del *sandwich*. Efectivamente, un escritor como yo se halla en medio de la política actual en la actitud de un emparedado, oprimido o aplastado entre las derechas y las izquierdas.

Es posible que un escritor auténtico sea un ciudadano inadaptable y en cierto modo insoportable. Por algo Platón excluía a los poetas de la república. El escritor no se aviene fácilmente a admirar a un jefe político, porque lo cala, lo examina por dentro, lo contempla con toda la falsedad de sus ademanes teatrales y en toda la limitación de su pequeñez intelectual, y así, es claro, no hay admiración posible. ¿Con quién podría irme? ¿Con el bando de las izquierdas? Pero las izquierdas en estos últimos tiempos viven como en un trance de frenesí. En cuanto a las derechas, tienen de la idea conservadora un concepto demasiado restringido.

Las izquierdas dicen que un intelectual, puesto que carece de dinero, lógicamente ha de ser radical, inconforme y revolucionario. Y las derechas, sabiendo también que el intelectual no posee dinero, dudan de su fidelidad conservadora, según el burdo precepto burgués de que sólo pueden ser sinceros conservadores aquellos que tienen algo que perder o van a ver si ganan algo. Yo no he ido nunca a ganar nada. Y el caso es que soy un conservador de lo más legítimo. Soy tan conservador como lo fueron Goethe y Renan. Yo soy un conservador de la cultura y del alto estilo de vida. Amo y deseo que se conserve todo ese mundo de cosas y conocimientos que los hombres han ido atesorando desde la época de las hachas de pedernal. Todo lo que es conquista y bondad de civilización lo considero mío, me lo apropio y quiero conservarlo. Un sacerdote católico no siente el transporte de emoción que yo siento al verme en la nave de una catedral gótica; el más rico de los capitalistas no goza como yo ante una campiña próspera y bien cultivada; los príncipes y los multimillonarios se hallan lejos de poder disfrutar como yo de la belleza de las pinturas, los ornamentos y las obras musicales. Y aun en el plano más bajo de la cultura, yo soy indiscutiblemente superior a ellos en saber gustar de la molicie de una buena alfombra o un mueble; mi sensualidad es más refinada, más inteligente y exigente para el goce de una calefacción suave, una cocina exquisita o un perfume. Yo soy más rico en sensibilidad, en deseos y en sabiduría que los príncipes y los multimillonarios. Ellos quieren conservar su dinero y su posición social, y yo soy conservador de la cultura, mi único bien.

También los izquierdistas se figuran que su capacidad de libertad es enorme, cuando realmente es muy pequeña y fácil de contentar. Como que no es más que una libertad limitada a una sola doctrina; ni poseen más que una verdad, la única verdad redonda y fanática de que basta con llamarse izquierdista para entrar en posesión de la sabiduría absoluta. En cambio, yo necesito una libertad amplísima para mis múltiples verdades; necesito muchas y elásticas libertades para dejarle espacio en que moverse al mundo variable, antagonista, polémico e incluso arbitrario de mi polifacético pensamiento.

En medio de este fragor de izquierdas y derechas es difícil conservar la serenidad. Intentemos, sin embargo, la prueba. Con toda la voluntad de ser justos, verdaderos, exactos, hasta donde la limitación humana puede alcanzar. Captando el instante con la punta de la pluma, o cazando al vuelo la mariposa evasiva de la actualidad, y meter toda la palpitación de este minuto histórico en una crónica que se ha hecho demasiado grande y no ha habido más remedio que darle forma de libro.

I. El transeúnte emocionado

Mañana contará la Historia como ella quiera, como ella tiene la costumbre de contar. Lo cierto es que yo me encontré allí, precisamente en el centro positivo de España, en la propia plaza de la Cibeles, la tarde del 14 de abril. En el preciso instante en que el trono multisecular de España se venía al suelo. Cuando toda la ingente, memorable, insigne y aparatosa monarquía española se desplomaba. Entonces pude percibir el hecho eternamente desconcertante de cómo las cosas más trascendentales pueden y suelen suceder de la manera más sencilla. Con su añadido de grotesco y todo.

Allí marchaba, yo a depositar mi carta en el correo. Sería un artículo para un periódico, como siempre. La carta que se desea poner en el Correo central, para mayor seguridad. Y como desembocase en la hermosa plaza que la diosa de las cosechas fecundas preside, en seguida comprendí que se había con sumado lo irreparable. Aquello era ni más ni menos que una revolución. Toda mi alma parecía reconcentrarse en los ojos; todos mis sentidos se agudizaron con una vehemencia como enfermiza; mi ser entero temblaba, y yo no hubiera podido asegurar entonces que yo era el mismo sujeto normal de antes. En realidad, me hallaba poseído de la especie de sobrevida que tienen los alucinados.

En la parte alta del palacio del Correo flotaba una bandera republicana. Un escuadrón de la Guardia civil permanecía inmóvil al borde de la acera, inutilizado, aprisionado, vencido sin lucha; los hombres sobre los caballos, en la rigidez inexpressiva de la ordenanza militar, miraban lenta y pasivamente el trasiego de la muchedumbre vociferadora. Los sables inútiles, las tercerolas en sus fundas. La muchedumbre dando gritos y haciéndoles gestos a los pasivos hombres de armas. “¡Viva la República!” Y ningún sable que se desenvaina con brillo irritado; ninguna voz de mando que grita la orden de “¡Fuego!” Se acabó. El tejemaneje histórico se había consumado. España daba vuelta a la página y comenzaba un nuevo capítulo de su vida.

¡Qué contentos andaban todos por las calles! Un dibujante de principios del siglo XIX hubiera pintado la escena del regocijo popular poniendo hermosas matronas que estrechan a sus hijos, ancianos amables que lloran de emoción, caballeros y artesanos que se abrazan conmovidos, con muchas palmas y ramos, con muchas actitudes solemnes y patéticas. Pero ya estamos lejos del romanticismo. En el Madrid del 14 de abril el regocijo popular tenía más de grotesco que de solemne. ¿No habrá ocurrido siempre lo mismo en la Historia? Parecía una tarde de un martes de Carnaval retrasado. Se veían pasar carrozas, improvisadas con lienzos rojos en autocamiones, y allí chicas y mozos profiriendo estribillos a cuenta del rey recién destronado. Otros se hacinaban en grupos y marchaban cogidos de la mano como los niños que juegan a correr y cerrar la calle. Con el humor un poco idiota con que el pueblo horteril madrileño suele aparentar que se divierte y que hace gracia en la temporada verbenera.

Para el hombre estremecido hasta lo más profundo del ser por la convicción de que España acababa de lanzarse a una dramática aventura, aquel espectáculo de la calle de Alcalá resultaba una cosa incoherente que asombraba y deprimía al mismo tiempo. Uno hubiera deseado más virilidad en la emoción; poco de religiosidad, si es permitida la palabra, en el alma de la muchedumbre ante el paso de tragedia que la nación estaba dando en aquel terrible momento. Pero acaso será que uno ignore la psicología de la muchedumbre, de tanto haberse distanciado por instinto y por método de ella. No, seguramente; todo aquello no tenía grandeza. Pero apenas me aventuré a decir mi

impresión en un grupo de amigos, comprendí que el efecto de taumaturgia histórica se había rápidamente consumado. Todos, poniendo los ojos en blanco, afirmaban que aquella revolución excedía en grandeza y en cultura, en perfección y en altura de espíritu a todas las revoluciones del mundo, y que el pueblo de Madrid ofrecía el espectáculo más magnífico que pudiera concebirse. ¿Y no habrá ocurrido siempre lo mismo en la Historia?... Oculté, por tanto, mi decepción en el secreto de mi alma.. Es inútil querer contrariar al impulso decidido de la Historia.

Allá lejos, entre tanto, en el Palacio soberbio erigido sobre el humilde Manzanares, agonizaba la monarquía. Allí estaba, todavía el rey, hundido en su estupor, aguardando en balde las imprevistas decisiones de la suerte. Viendo que todo se perdía, y pensando al mismo tiempo que la Providencia no podía dejar que todo se perdiese. ¿Cómo? ¿Destronado, y en esa forma tan absurda? ¿Expulsado con la simplicidad ridícula con que a cualquier particular se le manda mudarse de casa? En sus horas pesimistas, cuando alguna vez le asaltó la idea de que pudieran destronarlo, sin duda imaginó para el trance una escenografía más decente; habría por lo menos regimientos que resistieran, generales que desenvainasen la espada, pueblos que proclamasen su fidelidad la corona; tal vez necesitaría él mismo salir, dar cara al enemigo, morir acaso. Nada. La gloria de una bella caída no la quiso el destino concedérsela, y al día siguiente, humillado por la protección de sus vencedores, modestamente escondido en un automóvil, el rey sería expulsado de España.

¿Pero quién había destruido la monarquía? ¿Los delitos y maldades del propio rey? Entonces tendríamos que sumarnos a las voces escandalosas y sectarias de la calle. ¿Fue destruida por el empuje inteligente de los republicanos? Pero los republicanos fueron los primeros en asombrarse de su fácil e inesperada victoria. La facilidad y “compostura” con que se desplomó la monarquía en España sorprendió por igual a monárquicos y republicanos. Digamos entonces que a la monarquía no la ha derribado nadie; se cayó ella sola. Unicamente ha intervenido una voluntad, una fuerza: el tiempo. Ese mismo tiempo que hace que los frutos maduros se desprendan de la rama a impulso de su propia decrepitud; ese tiempo inexorable que obliga a la hoja del árbol a marchitarse cuando se ha cumplido su sino vital. Un siglo antes la caída de un rey o la suplantación de una dinastía ocasionaba grandes convulsiones, guerras y heroísmos; una simple querella dinástica produjo en España dos largas guerras civiles, y los pueblos eran capaces de los mayores sacrificios por defender los derechos al trono de Isabel II o de don Carlos. El fervor realista se transmitía de padres a hijos como una religión. Y ahora también se creía que alentaba en lo más hondo del país ese fervor, esa conciencia monárquica capaz de imponentes reacciones sentimentales. Pero el fervor se había extinguido sin que nadie lo advirtiera. Sólo se advirtió en el instante decisivo, cuando don Alfonso, perplejo, esperó inútilmente que un general desnudase su espada o que una provincia lanzara el grito de guerra y fidelidad. Ni un regimiento salió de su cuartel, ni un rincón del país se dispuso a la defensa.

La monarquía ofreció, así, el aspecto de una fruta lozana de forma, admirable de color y hermosa de apariencia, que al partirla con el cuchillo nos sorprende por el fracaso de su interior; estaba pocha e inservible por dentro. El ciclo monárquico había, por lo visto, terminado virtualmente en España. Las ideas tienen su vida de juventud, de plenitud y de decadencia. Las ideas más grandes se marchitan como todo en la Creación. Y ante los resultados de esa fatalidad no queda otro recurso que guardar silencio.

Primo de Rivera aborrecía a los intelectuales; los maltrató, los vejó sin contemplaciones y sin medida. Los despreciaba desde su punto de vista de aristócrata y de guerrero, en una reacción moral de hombre simple, leal y primitivo. De hombre integralmente inculto. Al momento de ser derribado no podía darse cuenta de cómo cuatro miserables intelectuales y unas turbas de estudiantillos osaron vencer su altanero poderío. Y murió, para su bien, ignorante de la catástrofe que su torpeza iba a desencadenar en el orden de cosas que se propuso defender.

Un error parecido ha de pesar sin duda sobre la conciencia de Alfonso XIII. De él no se puede decir que sea inculto. Tampoco podrá acusarse a su reinado del pecado de incultura, porque en los últimos treinta años han florecido en España las ciencias y las artes de un modo, si no genial, desde luego muy lucido y considerable. Pero Alfonso XIII no tenía derecho a compartir la idea simplista de un dictador ocasional. Tenía el deber de hacerse cargo de la calidad de su mayor enemigo. En vez de procurar desarmar a ese enemigo, de atraérselo, de comprometerlo como colaborador en la obra de engrandecimiento nacional, lo mantuvo al margen. Ya se comprende que un rey auténtico, un verdadero rey de raza antigua como el último de los Borbones, sintiera una íntima repugnancia por el tipo del escritor a la moderna, por ese tipo de profesional de la inteligencia que, diferente del escriba y del mandarín, obra como por cuenta propia en el nuevo orden de la sociedad actual. Pero entre las primeras obligaciones del político ha de contarse la cautela, la astucia. Y no hay más remedio que confesar que Alfonso XIII se mostró poco astuto (y poco patriota) en su trato con los intelectuales. Mientras daba un trato de favor al deportista y al señorito aristócrata, pasaba de largo con un indisimulable desdén frente al hombre de pluma. Y los hombres de pluma lo arrojaron del trono. En el ministerio de la Guerra de todas las Españas hoy existentes se instaló como ministro un simple literato Azaña...

Con la curiosidad de un emocionado espectador me aproximé al Palacio de Oriente. Allí estaba el Palacio. Sus nobles muros blanqueaban con la venerable hermosura de siempre; sus columnas, sus ménsulas y frontispicios seguían intactos. Todo estaría igual si no fuera por aquel letrero pegado a la pared que salía de pronto al paso del transeúnte: *Pueblo, respeta este edificio, que es tuyo*. Y al levantar la mirada hacia el gran escudo que campea en lo más alto de la fachada central, observé que habían envuelto y tapado la gran corona de los reyes con una bandera republicana. Ya no era posible la ilusión. La risa abrileña de la Naturaleza y la apariencia de normalidad del majestuoso edificio no podrían ocultar el sentido profundo de lo que acababa de suceder. La mansión ilustre de los Borbones, junto con el dominio de España, se habían traspasado a las manos del pueblo. Y todo ello ocurría sin tempestades de sangre ni relampagueos de cañones. Entre el estupor de todos. ¡Se acabó! El misterioso genio de la Historia terminaba de pasar por allí llevándose en sus manos implacables formas de vida, ideas y convicciones que ahora ya sólo pertenecen al recuerdo. Las palomas, entretanto, picoteaban en el suelo de la desierta plaza con la indiferencia de las cosas que viven más allá de lo humano contingente, puesto que ellas están puestas para ejercer funciones de eternidad.

Pero ahí en la plaza de Oriente, ¿qué círculo espectral componían las estatuas de piedra de los antiguos monarcas españoles? ¿Por qué especie de conjuro cruel y reivindicativo se les obligó a formar en ronda ordenada alrededor de la estatua ecuestre de Felipe IV, que semejaba mandarlos en aire de supremo capitán? Los viejos reyes de piedra estaban antes en ese mismo sitio. Pero es que ahora aparecían como ajusticiados. Como reos en un proceso impiadoso. Como víctimas que no lograron escapar a tiempo. La mano del verdugo (ese verdugo anónimo que se oculta en la muchedumbre) les había colgado ya la huella infamante. En los pedestales alguien fue escribiendo con tiza: “Este fue un...” Y el verdugo lapidario recorría toda la gama del ultraje. Otra mano fue trazando con pintura negra el R. I. P. de las desoladas despedidas. Pendiente del cuello de uno de los insignes reyes colgaba un cartel que proclamaba la voluntad popular “Plaza de la República”. Y al mismo rey Felipe IV habíanle obligado a enarbolar en alto una bandera republicana. Parecía de este modo un enemigo que claudica y que al claudicar exagera su gesto de adhesión. Alrededor del velazqueño monarca que se ha pasado al enemigo, el gran círculo de reyes de piedra hacía sus elegantes ademanes dieciochescos, sus distinguidos ademanes barrocos ante la plebe victoriosa.

Todo esto solía ocurrir antes con las proporciones de un huracán o un terremoto. Los palacios se desplomaban, se incendiaban las ciudades, caían las cabezas bajo el filo automático de la guillotina. Quedaba en el aire un temblor de violencia y de pánico. Pero el tiempo viene aprisa. Todo ocurre ahora con una diferencia que aturde. Y en la plaza de Oriente, convertida sin más en

plaza de la República, ahora no queda de patético sino ese círculo de gloriosos reyes haciendo sus elegantes y barrocas gesticulaciones dieciochescas alrededor del Felipe IV de bronce que enarbola, en lugar del cetro, una claudicante bandera republicana. El cochecito de colorines y campanillas, tirado por los dos caballitos parejos, pasa, lleno de niños alborozados, en la primavera mañana de domingo como si nada de tremendo hubiese sucedido en la Historia de España...

II.

Destronamiento y jubilación de Castilla

¡Cómo! ¿Qué le ha pasado a Castilla? Ahí se extiende frente a la ventanilla del tren que nos lleva veloces. Igual que otras veces, nos asomamos al original paisaje de la alta planicie con el espíritu preparado para las ideales evocaciones. ¿Qué ha sucedido, sin embargo, en este poco tiempo? El color de la tierra es el mismo de antes; la tierra no ha variado, ni el cielo, ni el aire, ni los pueblos, ni los cultivos. El paisaje se conserva idéntico. Pero un paisaje de verdadera densidad espiritual, un paisaje que ha vivido mucho en la Historia y, sobre todo, un paisaje como el de Castilla, que todo él es Historia (y que sin Historia no sería nada), está sujeto directamente al cambio de las ideas en curso. Castilla era monárquica; hoy es republicana. Y este simple hecho de formalidad política ha bastado para que la inmensa llanura castellana se nos manifieste con una nueva expresión y con un sentido distinto. Usando el lenguaje de la burocracia militar, podríamos decir que el general veterano y glorioso que era Castilla ha sido jubilado.

Otras comarcas de España pueden haber pasado de la monarquía a la República sin que se note demasiado la variación de régimen. Pero si había en el mundo un país profunda y virtualmente monárquico, ese país era Castilla. ¿No era Francia también un país profundamente monárquico? Sí; pero al alejarse los reyes del suelo de Francia, llevándose el cortejo de la brillante aristocracia francesa, dejaron la gruesa y fértil tierra, cruzada por caudalosos ríos; dejaron la opulencia, la laboriosidad, el prestigio universal y el espíritu fino y creador de París, y, sobre todo, dejaron un sustituto poderoso: la despierta, disciplinada y sólida burguesía francesa. Al marcharse los reyes de Castilla han dejado la tierra lisa y llana... Esa tierra que parecía vivir del prestigio y el recuerdo monárquico y que ahora ha quedado reducida a su propio esqueleto. Tierras pobres, casas de adobes, labriegos. Toda la expresión del paisaje se ha transfigurado de pronto, puesto que un paisaje es un fenómeno mental que sólo adquiere realidad a través de nuestra imaginación.

Antes veíamos a Castilla como quien pasa las páginas de libro. ¡Y qué prodigioso libro de hazañas y leyendas! Ante la grandeza de los episodios evocados podíamos ignorar la materia grosera de las cosas que veíamos; las casas de adobes, los cultivos pobres, los ríos sin agua, los pueblos míseros, todo eso lo tachábamos espontáneamente para acudir a la contemplación de las cosas insignes preñadas de gloriosas evocaciones. La catedral de Burgos, los torreones almenados de Ávila, el castillo de Medina, la religiosa mole de El Escorial, Castilla entera parecía estar hablando a los siglos por medio de imágenes. Y esas imágenes eran bien sencillas de comprender. Realeza, nobleza, religiosidad, marcialidad: he aquí lo que decían con expresivas y emocionantes voces los alcázares, los torreones, las catedrales y las profundas lejanías de Castilla.

La República ordenó que se suprimiese todo eso. Es claro que no se ha puesto a derribar los vestigios palpables y reales del pasado; hasta es posible que procure conservar los prestigios monumentales con inteligente esmero. Pero ha “jubilado” al pasado. Es decir, ha acordado que todo el espíritu del pasado de Castilla (realeza, aristocracia, misticismo, bélicosidad) sea tenido en adelante como adverso y vergonzoso. La República, en substitución del viejo espíritu, ordenó imponer a Castilla el espíritu que podríamos llamar dreyfusista y que se apoya en estas cuatro columnas doctrinales antimonarquismo, antiaristocratismo, anticlericalismo y antimilitarismo. Precisamente las cuatro bases espirituales que sostenían el ser real y el sentido histórico de Castilla. Sin el Cid y sin Isabel la Católica, sin el duque de Alba y sin Santa Teresa, sin Don Quijote y los Conquistadores, ¿a qué queda, pues, reducida Castilla? ¿A una República de trabajadores (de gañanes)?

Tampoco existen ya aquellos caballeros de Santiago, de Calatrava, de Alcántara que continuaban hasta nuestros días la tradición religiosa y guerrera de los épicos siglos medievales, cuando lo mejor de la gente española se mantenía en constante cruzada contra los sarracenos. De una plumada se borró ese último vestigio de una historia gloriosa. Se han suprimido también los “grandes de España”, que tanta impresión producían en las imaginaciones de los escritores extranjeros. Para Víctor Hugo, por ejemplo, un noble español que tiene derecho a cubrirse la cabeza ante el rey y que lleva como sobretítulo el nombre de “grande” era una cosa verdaderamente magnífica e imponente.

El tiempo corre muy aprisa. Actualmente la generalidad de las personas están curadas de las viejas preocupaciones y no se asustan de los cambios que nuestra época constantemente y con rapidez produce. No es la revolución en las barricadas la que más importa, sino esa otra revolución que cotidianamente y por dentro de los espíritus sin cesar se realiza. La gente ha mirado con indiferencia la terminación de la era nobiliaria. Le interesa bien poco que los últimos vestigios de la nobleza española se refugien y oculten su tragedia en el extranjero. Si se les recuerda, es solamente para acusarles de miedo infundado o de traición. Pero nosotros tenemos el deber de no contemplar con indiferencia ningún drama profundo que acontezca en torno. No podemos olvidar que algo verdaderamente esencial, algo profundamente característico del ser español se ha borrado de la Historia. Y si el español mantenía ante el mundo un perfil perfectamente acusado y diferenciado, era, sin duda, porque se le consideraba como el prototipo de lo noble y lo caballeresco.

Los pueblos se presentan, lo mismo que los individuos, con una figura moral determinada por cuya virtud de expresión sintética se les distingue al primer golpe de vista. Pensamos en un holandés, y en seguida nos imaginamos una forma de hombre pacífico, un tanto vulgar, buen trabajador y lleno de sensatez. Por la pantalla del mundo pasan los pueblos haciendo sus ademanes característicos. De pronto, mirado desde fuera, pasa el español y el mundo se resiste a verlo de otra manera que como uno de aquellos hombres graves y un tanto ascéticos que Domenico, el pintor de Creta, solía pintar con indecible majestad en sus cuadros. ¿Que no ha sido así siempre toda España? Sin duda. Pero el mundo ha necesitado una representación sintética del ser español y ha elegido esa de los graves caballeros del Greco. O la del Cid, la de Don Quijote, la de los personajes de Calderón de la Barca. Los elementos que a través de los siglos han formado el perfil y la personalidad del español no hay que buscarlos en los afanes de la existencia laboriosa y productiva; los elementos caracterizadores de nuestro tipo racial hay que buscarlos, simple y fatalmente, en ese producto tan nuestro que se llama hidalgo. Francisco de Quevedo lo proclamaba así públicamente en repetidas ocasiones; para él no había duda de que el español ha nacido para ser noble y soldado.

España renuncia a la secular ambición de formar en el sitio de primera fila. Tranquilamente acepta el rango de nación de tercera clase. Ya lo dice el artículo de la Constitución: somos una República de trabajadores. Inmediatamente, todos los signos de la antigua valorización, o de la antigua pretensión, han sido borrados. Se han depuesto los plumeros, los penachos, los pompones. Hasta el “su señoría” se ha eliminado del Congreso. Y las clavas suntuarias de los maceros. Y las Capitanías generales. Todo. Como auténtico pueblo de tercera clase. Y entre tanto, ¿qué va a ser de Madrid? ¿Qué porvenir se le prepara a esta gran capital de lujo, a esta ciudad puramente suntuaria que ha surgido, si pensamos bien, como el principal penacho pomposo de una nación enamorada de la grandeza?

En cuanto a Castilla, ¿qué hace ahí esa llanura alta y solitaria, llena de castillos y ciudades almenadas, de monasterios y de catedrales? ¿Ese majestuoso país lleno de recuerdos de grandeza y de caballería? ¿Esa inmensidad vuelta de cara hacia el pasado glorioso? Todo su pasado ha sido jubilado. Todo cuanto justifica y sostiene el ser histórico de Castilla ha sido declarado inútil y adverso. Sin marcialidad ni caballería, sin religiosidad ni majestad, sin penachos ni plumeros gloriosos, Castilla tiene que conformarse con ser menos aun que una República de trabajadores: una provincia de cavadores con la azada al hombro.

En seguida de cambiarse el régimen, algunos escritores exclamaron, con la más inocente convicción, que al fin era posible presentarse en el extranjero y llamarse español sin sentir vergüenza. Se figuraban, en efecto, que Europa se hallaba interesadísima en ver a España hacerse republicana. Europa y el mundo entero tienen otros asuntos por los que preocuparse. Al principio volvieron un poco la vista con curiosidad hacia un país que tan intempestivamente ejecutaba unos ademanes tan extraños; luego vieron lo que había y abandonaron a España definitivamente. No interesa. Es la nación que repentinamente abandona un sitio, todo lo resquebrajado que se quiera, en el que se mantenía encaramada. Desposeída de su rango, de su estilo un poco extraño, de sus posibilidades dentro de ese estilo original; convertida en una copia retardada de cualquier Turquía o China que quiere republicanizarse, ¿qué interés puede ya inspirar España?

Pero hay que creer que no ha de ser para siempre la jubilación que se nos decreta. Esto no puede admitirse más que como un episodio, una diversión del Destino o un mal sueño del que un buen día habremos de despertar.

III.

Éxito y desventura de los intelectuales

Cuando iba camino de Méjico conocí la noticia. Se había publicado el “manifiesto de los intelectuales”, y en ese momento comprendí que la Monarquía recibía el golpe más fuerte de todos. Aquello tenía el carácter de una última y definitiva sanción en el pleito penoso y trabajoso. El fallo de la inteligencia representativa era categórico. Desde entonces el Rey sólo podía apoyarse en la fuerza del Poder constituido. Y todo estribaba en saber hasta qué punto conseguiría contar con semejante fuerza. Después se vio que el Rey, y principalmente los leales a la realeza, se equivocaron. Ninguna fuerza auténtica respondió en la gran hora de la prueba trágica.

Bien; los intelectuales contribuyeron a traer la República, y ellos asumieron el cargo de asestarle la última lanzada al trono desfalleciente. Fue una revolución, a falta de barricadas y choques sangrientos, ungida por la tinta de imprenta. Revolución consumada a punta de pluma. Han transcurrido más de tres años, y ahora, ¿qué dicen, cómo se encuentran los intelectuales dentro de la República?

Ha habido ventajistas y afortunados que supieron aprovechar aquel reparto fabuloso de embajadas, comisiones para el extranjero, gajes y prebendas. Algunos escritores pasaron de la semipenuria a la posesión de dos o tres cargos fructuosos y al disfrute del automóvil de buena marca. Todo eso se ha difuminado, y hoy se le presenta al hombre de letras la más dura realidad y la más zozobranante perspectiva. La crisis económica lo ha hundido sin resistencia en su universal torbellino: los libros no se venden, las revistas y las casas editoriales quiebran, los periódicos se empobrecen por la escasez de anuncios. Y lo peor es que la política, al ocupar de un modo absolutista el primer plano del vivir nacional, ha dejado como al margen al escritor. El último y más ordinario de los políticos goza de mayor importancia que el más delicado hombre de pluma. Antes era llamado el intelectual a los salones; ahora no existen salones ni nada parecido. Antes un buen artículo literario presidía y como que llenaba un periódico; hoy los periódicos están entregados al suelto, al comentario, a la interviú de carácter político.

Entre tanto, hay una pugna de demagogias, es decir, una competencia de campañas extremistas que ahogan cualquier tentativa de actividad sencillamente intelectual. Era inevitable. Por el momento la literatura pura no cuenta; las Universidades se convierten en *rings* donde los escolares de la izquierda y de la derecha andan a puñetazos y tiros; los laboratorios duermen. Paréntesis. El espíritu está de vacaciones. Y todos se van a la plaza pública. “Sé un charlatán, y mira, desaparecen todas las dificultades”, exclama Sören Kierkegaard en su libro *Momentos*. El charlatanismo florece como nada en los períodos de confusión, cuando la sociedad desciende a la calle, a la plaza pública, y toda la vida se desenvuelve en pleno mercado. Entonces en cada esquina o hueco del mercado se alza un charlatán provisto de sus correspondientes frases y gesticulaciones. Entonces viene la competencia entre todos los charlatanes, a quién dice más, a quién gesticula con mayor eficacia. Todos tienen alrededor su coro de adeptos. Y el mercado se convierte en un galimatías. “Sé un charlatán, y mira, desaparecen todas las dificultades.” El camino más fácil, en efecto, es aquel que pasa por la plaza pública. Allí se puede captar las conciencia con un mínimo esfuerzo; basta repetir las ideas simples, las promesas sencillas, los programas que hieren sin dificultad la imaginación del hombre de las muchedumbres; basta pronunciar las palabras más vigorosas, los tópicos al alcance de todo el mundo, y excederse en la violencia. Y todo ello sin responsabilidad, porque la muchedumbre no pide cuentas a aquellos que la halagan.

En los primeros tiempos de la República se estaba como en presencia de un aparecido: el 98. La misma agitación histórica de entonces, igual credulidad en una renovación que sacudiese los últimos cimientos nacionales (la Regeneración célebre de los años de Costa); un romanticismo socializante que partía de la ilusión dieciochesca de que el pueblo y la tierra son naturalmente buenos y fecundos; una mezcla de radicalismo francés del tipo dreyfusista envuelto en una especie de ensalada rusa.

De ninguna manera osaría nadie decir que la República sea enemiga de la cultura. ¡Si la han traído los catedráticos, los escritores, los ateneístas! Pero los que habían fraguado y dirigido el movimiento no han podido evitar que el fenómeno revolucionario ejerza una función de eclipse sobre la inteligencia creadora. Bien es cierto que Primo de Rivera no amó la literatura, y a los intelectuales los aborrecía sinceramente, por el mucho daño que le causaban. Pero el destino halla un placer especial en jugar a la paradoja. Lo cierto fue que en los años de la Dictadura alcanzó el periodismo un progreso nunca conocido hasta entonces, como es cierto también que en aquella tregua política pudo desarrollarse la literatura llamada de vanguardia, con todos sus atrevimientos estéticos, sus versos sin rima, sus prosas excéntricas y sus piruetas, revolucionarias en el sentido antiacadémico. Era la época en que *El Sol* podía recoger en sus grandes páginas todas las manifestaciones radicales de la mentalidad nacional; la época de gloria para las charlas incisivas de *Heliófilo* y las caricaturas de Bagaría; el momento en que el combativo diario ejercía una dictadura intelectual frente al desconcertado dictador, que no sabía, en el caso, lo que se pescaba. Hoy el periodismo se ha hecho más basto, ha descendido de tono. El público parece carecer del sentido de la selección y como que comprase al azar cualquier diario. Ya no cantan tampoco sus estrofas excéntricas los poetas vanguardistas. El público no compra novelas. Plumas como las de Ortega y Gasset enmudecen.

Cada vez más la literatura deriva hacia la política, y los artículos y los libros políticos desalojan a los puramente literarios. Por tanto, una crítica elevada sobre cuestiones filosóficas, religiosas, sociales o estéticas, hoy no es posible en España mientras no se someta a la servidumbre de algún sectarismo político. Y toda obra de la inteligencia será inexorablemente juzgada desde alguno de los lados políticos, desde la izquierda o la derecha, y rechazada si no sirve al interés partidista de los bandos. Esto es lo que yo llamo caer en un período de barbarie. Esto y la insurrección de la calle, el triunfo de la violencia, la constancia de la guerra civil. La continuidad de nuestro terrible siglo XIX, en suma.

Por consiguiente, no ha de sorprender a nadie que se haya acentuado en nuestro país la triste discordia entre la clase de los intelectuales y la masa burguesa. Para el tipo medio del burgués español, la palabra intelectual va acompañada de un sentido más que peyorativo, porque llega a ser rencoroso. Y para el intelectual izquierdista, todo burgués, conservador o “persona de orden” queda sin más calificado como un ser despreciable y enemigo de la libertad, como una síntesis de cuanto de inculto y retardado, y antipático, de *cavernícola*, puede haber en el mundo. Esta discordia era ya antigua en España. Era más antigua que la misma lucha entre afrancesados y patriotas. En el siglo XVIII se marcó con fuerza, sobre todo en el reinado de Carlos III. La nación quedó escindida en dos partes profundamente antagónicas, una de las cuales se aferraba a veces con patética desesperación a lo que hay de eterno y sagrado en el fondo de la patria, mientras la parte contraria, con no menos desesperación, pugnaba por librar a España del estigma de su atraso y quería, para conseguirlo, arrancar de España aquello precisamente que formaba el fondo de su ser: el catolicismo, el miedo a la inteligencia, la autoridad monárquica, el fanatismo de la tradición.

La clase intelectual izquierdista ha vivido alimentando su sueño revolucionario desde la época de la Ilustración, desde el siglo de las luces, pasando por todo el convulsivo siglo XIX. Y esa pugna, ese divorcio entre las dos secciones vitales de la nación ha hecho que España haya ido progresivamente alejándose de toda posibilidad de renacimiento. El siglo XIX ha sido para España algo más que estúpido; ha sido una verdadera Edad Media, desprovista del espíritu y la finura de la

auténtica Edad Media. Como fenómeno representativo de esta discordia trascendente puede señalarse a la Institución Libre de Enseñanza, que vive durante largo tiempo en una especie de inhibición, al margen o, mejor dicho, enfrente del curso normal de la vida española, llena de un orgullo pedagógico que acaba por convertirla en una cosa lejana, misteriosa, casi mítica, y que se nutre de un nombre, Francisco Giner, transformado al último en un verdadero mito.

Y al cabo llega la realización del antiguo sueño. Siglo y medio de consecuente espera, y la República queda implantada en España. El sueño de la época de la Ilustración y de las luces está, por fin, realizado. En cierto modo parece que unos fantasmas del pasado llegan, poseídos de una vida extraña, a ocupar el puesto con el que habían soñado. Traen todas las ideas del siglo de las luces y caminan incluso al compás de una música antigua, propia de fantasmas históricos: el himno de Riego. Pero de pronto se encuentran con lo inesperado. Se encuentran con que España ha marchado entre tanto al compás del mundo, y que el mundo se ha poblado de otras ideas y otras necesidades. Ideas mucho más radicales y violentas que las del siglo de la Ilustración, y procedimientos más dramáticos. Y ahí andan, perplejos, en medio de la tempestad de la calle, con toda su ilustración *viejo estilo*, atropellada por la violencia de las nuevas muchedumbres.

En cuanto a la vida de creación literaria, fuerza será reconocer que desde hace mucho tiempo España no da al mundo obras de verdadero gran aliento, figuras de verdadera jerarquía universal. Y no habrá probablemente en España una literatura de real y profundo valor mientras el literato continúe sometido a la especie de despotismo de lo popular triunfante. El renombre literario lo han hecho los periódicos de partido, las tertulias de secta, los ateneos de tono radical. Los escritores han girado siempre alrededor de esos órganos influyentes y decisivos, en claudicaciones de pensamiento tan humillantes como infecundas. Así, la obra literaria ha carecido de la libertad de concepción y de elaboración que ella sobre todo necesita, y ha tenido que escribirse, en cierto modo, al dictado. El mismo Menéndez y Pelayo tuvo que escribir gran parte de su obra en sentido partidista, o sea *contra* el espíritu tendencioso de la parte radical del intelectualismo español; de igual modo Pérez Galdós no produjo la obra de definitivo valor universal, a que su gran maestría tenía derecho, por haberse plegado demasiado a las exigencias de un doctrinarismo despótico que, si bien le ayudó mucho a subir y sostenerse, le privó de la libertad del vuelo.

Pero esta subordinación del literato al partidismo político no tiene traza de desaparecer. Hoy como nunca está el campo de la intelectualidad española dividido en esa cosa terrible de las izquierdas y derechas irreconciliables. ¿Y para qué, después de todo? Para que el político, con toda su inferioridad mental, se sobreponga al escritor. El político aplasta al intelectual: éste es un principio para mí indudable. No se puede estar al mismo tiempo en la calle con la multitud y en el retiro del silencioso gabinete con las musas. Pues la política y la literatura son como las mujeres apasionadas, que no consienten se las ame con condiciones, sino totalmente y en una entrega absoluta. Y la traición, en el caso, se paga cara.

Entonces, en la hora de apuro de la Monarquía, los intelectuales traicionaron tal vez a su destino. Porque ellos, por su destino, tenían la obligación de ver mucho más lejos que la mirada corta de las multitudes; en lugar de volverse con los brazos tendidos frente a la multitud, se pusieron delante y avanzaron con ella hacia lo desconocido. Fue una manera frívola o cobarde de aprobar los hechos consumados, por miedo de perder la posición de cabecera a que estaban acostumbrados. Ellos tenían la obligación de ver lejos. Para entonces se sentía en el mundo la crisis económica y la otra crisis más terrible aún, la moral; ya se advertía el estrago de esta especie de fenómeno geológico que conmueve en sus mismas raíces a la civilización. Todos los pueblos se contraían con el esfuerzo como muscular de la defensa, y en todas partes veíase el gesto de angustia y de valor del que contempla llegar la riada. Era el momento de cerrar puertas y cercados y prepararse a resistir con los viejos medios que cada cual tuviera. Y fue cuando a los españoles se les ocurrió derribar puertas y cercados y salir atolondradamente al medio del campo cantando el himno de Riego. Nada menos que el himno de Riego. Y los escritores, artistas y catedráticos iban por delante. Entonces

apareció, como la nota más alegre de todas, aquel Manifiesto de los intelectuales. Estaban acostumbrados a presidir y creían que también ahora manejarían, en aire presidencial, a la muchedumbre. Pero la muchedumbre después no les hizo caso.

Los mejores intelectuales, ¿no hubieran podido servir como de intermediarios entre un régimen ignorante y una opinión obcecada? ¿No había tiempo aun de convencer o de obligar a la Monarquía a seguir las normas de Bélgica y de Inglaterra? Pero ellos no sabían verlo. Tampoco se hubieran atrevido a intentarlo, porque se habían comprometido demasiado con las fuerzas confabuladas y obcecadas del izquierdismo. Se dejaron arrastrar muy contentos por el ciego ímpetu del socialismo, la F. U. E, los Comités republicanos. Y la corriente los llevó a ellos y a todos hacia lo irreparable.

IV.

Loa de las estatuas en salvo

El espectro del rey a caballo

¡Hay que ver con qué arrogante serenidad cabalga todavía el rey Felipe IV en medio de la plaza de Oriente! Como si alrededor suyo no hubiese ocurrido nada. Con su bastón de mando en la mano, con su cabeza velazqueña bien erguida, parece presidir el concierto y armonía de su buen pueblo de Madrid, que entonces empezaba precisamente a adoptar el tono de una ciudad alegre y confiada. Los reyes godos y los viejos monarcas de Castilla forman en torno un círculo de piedras espectrales, un poco violentados por las contorsiones barrocas que el cincel dieciochesco les ha sugerido. Y al andar pausado de su caballo grande, solemne y magnífico, Felipe ve la espalda al Alcázar y hace ademán de dirigirse al corazón de su pueblo. No se ha enterado de nada.

Nada menos que a la vuelta de la esquina han derribado por el suelo a una reina: Isabel II. La han hecho pedazos pequeñitos, en un ajusticiamiento sin sangre y sin utilidad. Y un poco más lejos, en la plaza Mayor, Felipe III y su caballo ventrudo ya no existen; el tumulto popular, como una ola poseída de una impetuosa fuerza, los ha hecho desaparecer. Pero si Felipe IV, con sus borgoñones bigotes erguidos, se dirige a la fronda del Buen Retiro a recrearse en sus habituales diversiones, allí verá un espectáculo increíble; toda una hecatombe de reyes decapitados. Infelices reyes, que ningún daño hacían a nadie, y que en los dulces días de primavera, cuando las acacias prodigan sus ramos floridos en la paz de los senderos, solían sostener en sus brazos ceremoniosamente extendidos un pájaro cantarín, por ejemplo; como experto juglar que muestra al público sus habilidades. Ahora los reyes godos y los príncipes de Navarra o de Castilla, yacen por los suelos, o algunos, en un difícil equilibrio histórico, se sostienen a duras penas sobre el pedestal.

Allá va nuestro Felipe IV, el rey que no se ha enterado de nada, cabalgando en su gran caballo de bronce. Es el que mejor librado ha salido de la catástrofe. En sus buenos días de vida carnal, cuando aun no era un espectro de bronce, a cada derrota de sus generales los cortesanos decían que la grandeza del magnífico reino era como un pozo, que cuanto más se le quita se hace mayor. Entonces como ahora era el monarca feliz que siempre sale ganando. ¿No empieza con él la marcha hacia abajo de la Monarquía? El imperio poderoso creado por la sobriedad castellana de Isabel de la Grande, por el aliento universalista de Carlos V, por la prudencia reconcentrada de Felipe II, con Felipe IV comienza a crujiir y desmoronarse, en un fracaso prolongado que ya nadie podrá evitar. Con él se convierte Madrid en la corte frívola que no quiere enterarse de nada, llena de arbitristas y de poetas, de ociosos y conversadores, de caballeros escépticos y de oficinistas. La ciudad distraída que le vuelve la espalda al mundo. Hasta que llegue el día en que le avisen que se ha quedado completamente fuera del mundo y que la bandera de España ha sido arriada en el Morro de La Habana, el último baluarte del famoso Imperio.

Es el rey de la suerte, y para remate de su dicha ha encontrado al pintor que hará inmortal su figura en el mundo del arte. Cuando se coloca frente al bastidor del artista asalariado, está muy lejos de imaginar que él, Felipe el Católico, a quien los cortesanos llaman el Grande, no ha de ser célebre y estimado por sus méritos y atributos reales, sino por la genial habilidad con que ese Velázquez que combina los colores sobre el lienzo ha de transmitirlo a la posteridad y ha de fijarlo profundamente en la conciencia del universo culto. ¿Quién se acordaría de Felipe IV si no fuese por haber tenido a Velázquez como servidor? Con su rubio cabello lacio, con su cara fofa y sus ojos fatigados por la frecuencia del goce, ahí está vivo para siempre en los museos el rey de la

espléndida suerte.

Confundido con los paseantes que toman el sol en la plaza de Oriente, me paro a contemplar al gallardo monarca que se ha librado por una feliz chiripa de los arrebatos de la revolución. Y él es, sin embargo, el primer responsable de la quiebra de la Monarquía. De él arranca la pendiente de flojedad y desaciertos que irán debilitando a España siglo tras siglo. Allá va nuestro Felipe IV, erguido en su caballo de bronce, con su media armadura y su bastón de 'mando. ¿Acaso marcha a ponerse al frente de sus leales, a conquistar glorias para su patria y su estirpe? El rey Felipe IV no se ha enterado de nada. Se dirige todo lo más a solazarse en su palacio del Buen Retiro, entre los favoritos, los cómicos y las bailarinas, sordo y ciego para la verdadera tragedia de la Historia.

La sonrisa del rey empelucado

¿Cómo pudieron salvarse de la marejada populachera? Alguna piedra les alcanzaría acaso. Pero lo cierto es que ahí han quedado indemnes doña Bárbara de Braganza y el rey Fernando VI, haciendo su artificioso ademán barroco en una de las plazas más bellas de Madrid, al amparo de los teatrales símbolos del Palacio de Justicia y rodeadas de la vocinglera turba de chiquillos que juegan frenéticamente al fútbol.

En la mañana de lluvia, cuando los chiquillos y los vagos dejan en una pacífica soledad la plaza de la Villa de París, me he acercado a contemplar las elegantes estatuas borbónicas, como quien se asoma a un espectáculo inverosímil. Los dos reyes sonríen sobre sus pedestales cilíndricos. Tienen en sus rostros esa expresión de muñeca feliz, que el arte dieciochesco apreciaba como el mejor hallazgo del mundo, y en su sonrisa de dichosa conformidad vive la segura convicción de que ningún peligro puede amenazar al orden sabio y firme con que están constituidas todas las cosas. El arte de la época exige que las personas, hasta las más altas y sagradas, se coloquen en actitud de estar marcándose un paso de minué; doña Bárbara de Braganza parece iniciar un baile, y que Fernando VI le secundase con la más refinada galantería. Por fortuna, en este instante en que yo los contemplo, la plaza está desierta y no tercia la posibilidad de que la pelota del fútbol atente contra las narices reales. Los dos magníficos príncipes dieciochescos sonríen entre tanto y desafían al porvenir en su dichosa actitud de ir bailando y contoneándose hacia el fondo rosado de la posteridad.

Todo ese sitio de la ciudad se halla saturado de un ambiente exótico. La iglesia de las Salesas parece una joya parisina, puesta por capricho en medio de la austera Castilla; como una rectificación del pensamiento que se atrevió a erigir la mole de El Escorial. Los ángeles son bonitos, las imágenes de los mártires ofrecen gestos graciosos, los mismos sepulcros se esmeran por hacer suave y benigna, casi elegante, la idea de la muerte. En Francia se afana la sociedad por convencer al mundo de la cordura. Sonrisas y bailes, amores y fiestas, rasos y encajes. Porcelanas y muebles rococó. Una universal filoso fía de la voluptuosidad. Y mientras tanto la otra filosofía va sembrando las verdaderas ideas de la destrucción, las que harán posibles los estragos guillotinescos del 93 y todo lo que luego, hasta nuestros días, se sucede ininterrumpidamente.

Si a uno le propusieran el siglo en que desearía vivir, yo no elegiría el siglo XVIII. No le va bien a mi temperamento. Pero yo respeto este siglo que, hallándose tan lejos de lo sublime y de lo heroico, supo infundirle a la vida un sentido de benignidad y de corrección ilustrada. Ante la estatua de Fernando VI, en el silencio de la plaza, sólo turbado por el bullicio de los gorriones, hago un esfuerzo de imaginación y consigo trasladarme al fondo del setecientos, la edad de la Ilustración, el siglo de las Luces, cuando los marqueses estiman elegante el filosofar con un escepticismo que se ríe de todas las creencias algo hondas y de todas las pasiones demasiado fuertes. Es la edad en que todos presumen “estar de vuelta”. Sólo se cree en la Razón. Unos cuantos años después, los descamisados y los jacobinos organizarán la fiesta de la nueva divinidad, poniendo sobre un altar de Nôtre Dame una garrida moza a manera de la diosa Razón. Pero por el momento, en esta mitad del

siglo XVIII, la tormenta no se distingue todavía sobre el horizonte. La gente se figura que la civilización ha llegado a su cumbre y que el mundo marcha a pasos agigantados hacia la felicidad suprema, conducido por las Ciencias y las Artes. Sienten un desdén infinito por todo el pasado. El pasado les parece brutal e ignorante, supersticioso y bárbaro, y ya que no pueden demoler las absurdas catedrales góticas, les añaden altares bonitos, del más reluciente estilo *rococó*. ¡Admirable siglo, si no se hubiera equivocado tanto! ¿Y este Fernando VI, que parece iniciar un paso de baile sobre su pedestal cilíndrico? ¿Este monarca de estirpe francesa, que ha terminado por convertirse en un hijo leal de España? Su cabeza de muñeca feliz sonríe al sol de Castilla, como el hombre sin culpa que se afana por hacerlo lo mejor que puede. Y lo hace tan bien, en efecto, que al morir (en esta nación de apuros y de pobreza seculares) deja las arcas del Tesoro provistas de 3 millones de reales. Es el mayor milagro que a un príncipe de peluca rizada se le puede pedir.

La diosa iluminada

En la conmemoración del primer aniversario de la República la Cibeles apareció iluminada, toda exhalando claridad suave y divina. ¡Qué bella estaba! Me pareció más diosa que nunca. La diosa desagraviada, que sabe perdonar y olvidar. ¿En dónde tenía la humillante cicatriz? Un año antes, surgiendo de la sombra de la brutalidad anónima, una pedrada golpeó de lleno el rostro de la imagen; al día siguiente amaneció la Cibeles sin nariz y empuñando una bandera republicana. Pero todo lo ha olvidado. El perdón, mucho más que la venganza, es el atributo característico de la divinidad.

Había sido en Frigia una deidad fecunda y frenética; pero en el clima de Madrid se convirtió en una diosa pacífica, hermosa y serena, en la más bella nota de serenidad y equilibrio de toda la ciudad. Ya la nariz fue repuesta, sin dejar rastro aparente del ultraje. Y otra vez la admirable diosa, graciosamente reclinada en su carro leonino, hace ese ademán tan suyo de ir marchando al encuentro del pueblo, para enseñarle la suprema lección, la lección que más necesita el pueblo que le enseñen: el culto de la serenidad, de la belleza y de la aspiración a más altos e ideales fines.

¡Cuántas cosas ha visto pasar alrededor! Las alegrías y las derrotas, los entusiasmos y los abatimientos, los éxitos que parecían eternos y las claudicaciones multitudinarias; todo lo ha visto desfilarse la diosa de sublime actitud serena. Los regimientos triunfales, los caudillos con suerte, las muchedumbres vociferadoras, los motines, las apoteosis, las músicas, los penachos, las turbas desaharrapadas, la ira y el regocijo populares. Todo ha pasado y sólo ella queda, a pesar de las pedradas de la barbarie. La dulce diosa del rostro impasible nos enseña a los que andamos en medio de los desaforados a no hacer un caso excesivo de las pedradas, de las patadas de los partidistas ni de las absurdidades de la incompreensión. Las cosas van a morir al mismo seno de la contingencia donde nacieron, y sólo permanecen la justicia y la verdad. Esto es lo que la blanca diosa dice en su actitud de majestad infinita. Rodeada de paletos asombrados, asediada por los chorros pueriles de los surtidores, sometida a los juegos de luz de la ingeniería municipal, la Cibeles se ha ofrecido generosamente en espectáculo para que los mismos que antes le rompieron la nariz pudieran ahora sentirse elevados a la región pura de la belleza. Nunca me ha parecido tan admirable como en esa noche de fiesta. Nunca ha cumplido mejor su función tutelar sobre el pueblo que preside como cuando surgía, toda ella claridad, sobre el vulgar hacinamiento de las cosas a la manera de una espectral aparición que trae de lejos, del fondo de los siglos, de la eternidad de la cultura, la buena y única revelación que necesita conocer el hombre: “meted sobre todo finura en vuestros espíritus”.

V.

Don Quijote ha sido también jubilado

El tiempo tiene prisa y la Historia se apresura por llegar; por llegar a acontecimientos y soluciones que no son más que principios de los nuevos hechos y ademanes siempre sucesivos. España ha llegado a este escalón de su vida en que tropieza y titubea, y quien tenga una mediada aptitud de percepción verá claramente marcado en el rostro del país el signo de la perplejidad. Cualquier balance que las conciencias sinceras se propongan hacer en lo íntimo dará, sin remedio, una pérdida considerable de valores. España es mucho más pobre que antes en dineros, en producción y en potencia de trabajo. Pero hay una cuenta probablemente más triste en ese balance perdedor. La pérdida tal vez más dolorosa es la que corresponde al espíritu. El espíritu de España ha disminuido, como ha descendido el rango, el tono nacional y esa expresión representativa que, a pesar de todo, aun mantenía en el mundo. Y aquí no habrá más remedio que acudir al símbolo quijotesco, a pesar de que haya sido tan usado y manoseado.

Si Don Quijote y Sancho expresan los dos gestos más característicos de la Humanidad, esto es principalmente exacto si lo referimos a España. En pocas naciones se revela con tanta precisión la existencia al mismo tiempo de dos fases sociales, de dos razas más bien, que marchan juntas e intervienen a la par en los mismos hechos, pero sin llegar nunca a entenderse del todo mutuamente ni a compenetrarse; como Don Quijote y Sancho caminaban juntos y corrían idéntica suerte y jamás, sin embargo, coincidían ni en sus propósitos ni en sus ademanes.

En la historia de España se observa esa disconformidad trascendente de los dos grupos raciales. Hay momentos en que prevalece 1a España de Don Quijote, y entonces el mundo se ilumina con acciones e ideas de una sorprendente genialidad; otras veces triunfa el espíritu de Sancho, y España cae en inercias y renunciaciones incomprensibles. Todo nos invita a temer que en el momento actual esté prevaleciendo en España el espíritu de Sancho. Vencen las tendencias renunciadoras. Y se empieza por halagar el gusto de la masa con la supresión de las formas suntuarias del pasado, en una serie de represalias contra el ejército, contra la nobleza histórica y contra cualquier nostalgia de nacionalismo; tal aquella innecesaria declaración de que España renuncia a la guerra; y aquella otra no menos innecesaria de que España es una República de trabajadores.

Varias veces he recordado la frase que Nietzsche pronunció, y que Ortega y Gasset reprodujo hace bastantes años. Interrogáronle al filósofo tudesco sobre el sentido de España, y parece que hubo de contestar “¿España? España es el pueblo que ha querido ser demasiado”. Esta frase ha dejado en mí honda huella, porque en su brevedad esquemática me parece inmensamente explicativa. Es verdad; España es el pueblo que se ha excedido en sus propósitos, sin pararse a medir la magnitud de sus medios; como hace siempre el auténtico espíritu de nobleza; como en el plano simbólico de la caricatura trascendente, solía hacer Don Quijote. Efectivamente, no hay proporción entre la modestia económica de España y el brillo y la grandeza de sus hechos; entre la pobreza física de su suelo y el lujo de su representación oficial en la Historia. Los hechos de España pueden llamarse enormes; pero resultan mucho más enormes si se considera con qué exigüidad de recursos naturales tuvo que emprenderlos y cumplirlos. Aquí sí que se trata de la victoria del espíritu sobre la materia. Y era porque en sus mejores instantes estaba actuando *exclusivamente* la parte mejor de las dos razas en que se divide España. Sancho no hacía más que seguir desde lejos a Don Quijote, el que se empeñaba en *ser demasiado*.

El gran patetismo de la creación de Cervantes surge precisamente de la desproporción que media entre la honrada pobreza del hidalgo rural y el vuelo de sus suntuosas aspiraciones. Todo él aspiraba a la mayor altura; todo en él estaba orientado hacia una vida de espléndida señorial representación, y de pronto, en la comprobación cotidiana, tropezaba con la exactitud desgarradora de la realidad. Como en aquel tristísimo pasaje en que tiene que absorber las hieles más insoportables de la humillación. Cuando se le sueltan unos puntos en la media y sabe que no posee otras para cambiar, ni dinero con qué comprarlas y humildemente y avergonzado hasta la misma raíz del alma tiene que dedicarse a zurcir las medias rotas. Pero él hace lo posible por cerrar los ojos ante la vil miseria de lo real. Lo real no es lo que se toca y se cuenta, sino aquello que se desea ser; aquello que se cree tener derecho a ser. Y Don Quijote, efectivamente, consigue ser grande y señorial en todos los momentos, lo mismo en las derrotas que en los triunfos, en sus gestos todos y en las razones que pronuncia consecutivamente. Sin mirar a la ocasión. Así, estando con los cabreros en la espesura del monte, les regala con el discurso más lleno de emocionada sabiduría, como después, en el palacio de los duques, razonará y se comportará a lo gran señor. Como lo que es. Las medias rotas no significan nada; lo esencial es que exista la naturaleza y la fatalidad del caballero.

Los españoles, desde hace bastante tiempo, han discutido mucho sobre ese espíritu de *suntuosidad*, poniendo la lupa de la crítica en los puntos sueltos de la media. Se ha criticado ese “querer ser demasiado” que conduce a la ruina y a una especie de vida de apariencias humillantes. Joaquín Costa dio forma definitiva a ese estado crítico con sus famosos apóstrofes: cerrar el sepulcro del Cid y entregarse a una política de “escuela y despensa”. Lo cual quería decir que los españoles habían de renunciar al sentido desproporcionado y suntuoso de la parte caballera de la nación y cultivar el sentido realista de la parte plebeya. Sancho contra Don Quijote. Y así, de renunciación en renunciación, se ha llegado a esta nacionalidad de trabajadores de todas clases. ¿Y la despensa?... Pero no nos metamos en averiguaciones que, por lo demás, son del dominio de todo el mundo. Lo que ahora nos interesa es mirar de frente, cara a cara, el fenómeno dramático que se nos echa encima a cuantos compartimos con emocionada vivacidad los tiempos presentes.

* * *

Y en esto, Azaña se presentó en Valladolid y habló a los castellanos. Al corazón de Castilla. “Castilla —dijo— tiene un fondo patético”. Es verdad. Y también Andalucía. Y Portugal asimismo. Toda España, como figura histórica, tiene un pronunciado acento patético. Pero es que el propio señor Azaña, en ese interesante discurso de Valladolid, estaba empapado de patetismo.

Venía de Cataluña. Acababa de ungirle el pueblo de Barcelona con la más entusiasta de las ovaciones, en premio a la concesión del Estatuto, y ese aceptamiento del hecho diferencial de una comarca que se convertía en un Estado autónomo y soberano era como la coronación de todos los propósitos esenciales de la República. Frente al hecho consumado, parecía que el hombre fundamentalmente responsable quisiera dirigirse al alma del país, Castilla, que más profundamente había representado hasta entonces la política, la intención, el ideal y el tono de España. Dirigirse a Castilla, ¿para qué? ¿Para sincerarse personalmente ante ella? “Yo soy castellano; yo me he sumergido en el ser de Castilla, he penetrado en la intimidad de sus pueblos, he escuchado las voces de sus campesinos y aquellas otras que llegan de la hondura del pasado...” ¿O bien para consolarla y ofrecerle la compensación de futuros honores y venturas? “¡Nada podrá hacerse en España sin vosotros, castellanos!...” Todo aquel discurso de Valladolid estaba empañado, en efecto, de un interior e impresionante patetismo. (Remordimiento.)

Era el momento en que a Castilla se le quitaba su última y suprema significación. Cabeza de España; núcleo que la providencia histórica había elegido para construir la unidad hispana; vasto macizo central que desde el principio de la nueva civilización de Occidente asumió el enorme y sagrado compromiso de impedir que en este otro costado de Europa se formase otro Balcán con

pequeños Estados agresivos, con guetos, con minorías musulmanas, con luchas de lenguas, razas y religiones. España quería volver a ser ahora una Confederación de pueblos ibéricos. Y Castilla, despojada de aquella preeminencia que con tantos esfuerzos de siglos había logrado, iba a ser una de tantas entre las regiones que la República situaba a un mismo nivel. “¡Nada podrá hacerse en España sin vosotros, castellanos!...”

Pero el patético orador olvidaba acaso los verdaderos motivos por los cuales pudo Castilla convertirse en el centro, el ser, la representación y casi la justificación de España. Antes, al hablar en las Cortes de la época de los Austrias, había olvidado también que el poderío de Carlos V, en vez de desviar o bastardear el carácter español, dio a éste, al contrario, una firmeza de atributos que han quedado en la Historia como representativos de la nacionalidad. El pueblo modesto que fue Castilla, de pronto, gracias a las victorias en Italia y a la conquista de Granada, apareció ante el mundo como una gran nación que Carlos V pudo empujar a toda suerte de osadías. De entonces le viene al español el orgullo, la convicción de su poder y valentía, la creencia de que está en el mundo para osar cosas grandes; la voluntad de “querer ser demasiado”, como dijo Nietzsche. Aquel resplandor de potencia mantuvo a España durante varios siglos como en trance de alucinación. Faltaba ya la fuerza después; pero que daban los últimos reflejos de la sublime hoguera, y por merced de ellos consiguió España sostenerse en pie, como un fantasma que se sustenta con la trágica vitalidad de los sueños. Hasta que en Cavite y Santiago de Cuba se desmoronó aquella ficticia máquina espectral.

Olvidaba Azaña en Valladolid que Castilla no la hicieron los pelaires, los curtidores y los labriegos, sino los nobles y los hidalgos. “Ahora Castilla ha vuelto a su ser natural; Castilla vuelve a ser democrática; del fondo rescatado de ese pueblo de los pelaires, los curtidores y los pegujaleros saldrá la nueva Castilla que habrá de llevar a España por nuevos caminos de progreso... No; Castilla no la hicieron los hombres de azada y de martillo. Si los castellanos hubieran pretendido preponderar por las artes de la agricultura, la industria y el comercio, nunca habrían arrastrado y seducido a las comarcas litorales; las provincias litorales poseen un clima mejor, mejores cultivos, más varia economía que la dura meseta central. Otra especie de atracción fue la que hizo preponderante a Castilla. Esta: la nobleza. Es decir, la intención aristocrática de la grandeza.

Mientras Castilla sonó con un acento profundamente noble, marcial y aristocrático; mientras se entendió que Castilla representaba el mayor poder monárquico de la Península, y que era una cosa tan señorial y alta, las comarcas litorales se le agregaban voluntariamente y con el sentimiento honroso de ascender a una superior jerarquía. Recuérdese cómo las mejores y más numerosas estirpes nobiliarias que han dado a Castilla tanto lustre en armas, en gobierno, en cortesanía y en letras vinieron del litoral del Norte. El servicio que el litoral ha prestado siempre a Castilla se nutría de ese sentimiento de superioridad jerárquica, y todos los hidalgos norteños, igual que las grandes familias de Santillana, Ayala, Mendoza, Loyola, Figueroa, si acudían a poner sus nombres de pro y sus valores étnicos al servicio de Castilla no era, naturalmente, por admiración hacia el pobre pueblo meseteño, sino por lo que había en Castilla de grandor y superioridad nobiliaria y principesca. Y muchas veces esas gentes del litoral caracterizaban el sentido español con más propiedad y hondura que los mismos castellanos. Tal, por ejemplo, la especie de religiosidad de la hidalguía que alimentaron las gentes de la Montaña y de Vizcaya. Sin la ayuda fervorosa de esos fuertes, entusiastas y contumaces hombres del Norte, Castilla no hubiera logrado recorrer la mitad de su camino.

El señor Azaña respondía entonces como un eco a esa resonancia sentimental y libresca de tono tan sugestivo. ¡Castilla! Pero se le quita lo sonoro (lo suntuoso monárquico y caballeresco) y Castilla queda reducida a una pobre dimensión en que malviven unos modestos labriegos. Se pasa de una superstición a otra. Ese “pueblo” de Castilla, que en el patético discurso democrático se intenta incorporar y agrandar, es otro espectro formado con generosos artificios de literatura. No; el pueblo no hizo a Castilla; la hicieron los señores y los hidalgos, en colaboración con las gentes del litoral. El pueblo bajo de Castilla no sólo no posee ninguna superioridad étnica, sino que es

racialmente inferior a las gentes litorales. Cervantes marcó la definitiva separación de las dos clases, mejor dicho de las dos “razas” que formaban Castilla; junto a Don Quijote, todo luz y quimera y altura de caballería, vive Sancho, el pueblo, la raza vulgar y tosca, el hombre feo y bajo, que sólo puede redimirse por el vuelo de ideal y de honor que le preste ese otro hombre extraordinario, absurda y extraña excepción en el mundo a fuerza de ser extraordinario.

Castilla despojada de sus torres y sus leones; Castilla convertida en pueblo, sólo pueblo, y España abjurando en Ginebra, en París, en Barcelona, de todo lo que ha formado en la Historia el fondo y la justificación de su ser... ¿Qué ha ocurrido de pronto? ¿No es el programa revolucionario de 1917 lo que al fin se realiza? Sí; lo que el año 17 se malogró, ahora ha triunfado. Han vencido los francófilos del tiempo de la guerra; los de la ayuda a Francia, los de la República, los de la autonomía catalana. Y Azaña, que desde entonces venía guardando, profundo e invariable, el tesoro de aquella aspiración, fue justamente quien pudo sellar con Herriot el pacto tácito de amistad. El Ateneo de Madrid ha vencido. España se adhiere a la fortuna y el destino de Francia, en una aceptación de todas las eventualidades, en una decisión voluntariosa que lleva marcado el entusiasmo y la fe intelectual de una auténtica ideología ateneísta.

VI.

Ante las gradas del Parlamento

Los imagineros, por una tradición muy justificada, rodean a la santidad con un círculo o halo luminoso. Todo lo que tiene una vida o una intensidad muy fuerte exhala, efectivamente, un algo indefinible. Las personas santas, heroicas o geniales, desde luego. Pero también los edificios. Un edificio inhabitado es la imagen más auténtica del vacío y de la muerte. En cambio, un edificio henchido de vida... Aquí está el mejor ejemplo. Aquí tenemos el palacio de las Cortes. Hace unos pocos años, con sus columnas clásicas y sus dos leones al pie de la escalinata, la casa del Congreso sugería la más desoladora impresión de soledad. Parecía el edificio clausurado, jubilado definitivamente y que cualquier día ha de agrietarse como en una triste ruina. ¿Y ahora?

Todo en torno es animación de taxis, de diputados que llegan, de ciudadanos que hacen la cola y de guardias de sable y porra al cinto. ¿Se había quedado sin voz la insigne caja de las resonancias nacionales? Prestad oído ahora: toda la casa palpita con el temblor de la sonoridad. El noble monumento ha recobrado vida, y otra vez, en fin, se combinan allá adentro la música de los discursos y el nervioso tintineo de los timbres que llaman a votar. O la autoritaria impaciencia de la campanilla presidencial que manda imperiosamente “¡Cállese el señor Fulano!...”

Y el caso es que esta repentina actividad parlamentaria ha ocurrido cuando en otras partes del mundo iban cerrándose, iban jubilándose o amorteciéndose los Parlamentos. ¿Acaso porque España es esencialmente una nación inactual? ¿Porque anda siempre con retraso? Pero lo mismo podrá decirse que se adelanta a los acontecimientos, y no hay duda que muchos españoles optimistas se lo figuran así. Con retraso o con anticipación, una cosa completamente cierta que no hay nada que seduzca tanto a un pueblo soñador como el régimen parlamentario. En política no se ha imaginado nada que sea más bonito. Tiene además la sugestiva ventaja de que ha sido inventado por la nación de mayores aptitudes políticas del tiempo moderno, Inglaterra. Hasta los chicos de la escuela saben que todo el poderío inglés ha ido formándose en el juego sabio, prudente, admirable del Parlamento. Todos, además, pueden comprender sin esfuerzo el sistema. Es lo más sencillo y lógico que puede inventarse para conseguir la felicidad de un pueblo. Se eligen los diputados por libre votación, se reúnen en sesiones públicas y libres, examinan y discuten libremente los asuntos, y quien más razones aporta, el que sabe más o ha estudiado un problema con más celo, aquel vence. La inteligencia, la justicia y la libertad presiden en Inglaterra esta admirable función política, que durante el siglo XIX, y luego hasta la guerra europea, ha sido la suprema aspiración de las naciones totalmente civilizadas o a medio civilizar. En todas partes querían poseer un Parlamento como el de Inglaterra. Todas las capitales luchaban por levantar, con el mayor lujo arquitectónico posible, un palacio del Congreso. Hasta que han ido cerrándose muchos, y otros, aunque abiertos, lo están sin demasiado entusiasmo. Pues bien: he ahí España que llega con el mayor entusiasmo del mundo. Con el entusiasmo de la juventud. Como si empezase ahora mismo a vivir la vida del liberalismo y de la verdadera modernidad... Y se ha encontrado, en efecto, con que el liberalismo es una de esas cosas que se alejan cada vez más de nuestro horizonte.

Nosotros, los que ya no somos jóvenes, podemos comprender con toda la fuerza de su fondo melancólico la confesión tardía de Talleyrand: “Quien no ha vivido dentro del antiguo régimen no conoce la delicia de vivir.” Entre la época dieciochesca y el período que precedió a la guerra europea hay todo género de distancias; pero es cierto que nosotros hemos alcanzado tiempos en que la libertad no era una expresión retórica. Entonces un hombre podía circular a través de las fronteras sin que nadie le importunase; podía comerciar, llevar dinero, poseer bienes y propiedades con entera

confianza; el derecho de hombre y de ciudadano, de hombre que opina y que transita, era algo resueltamente reconocido por las leyes y las costumbres; dos amigos podían pensar opuestamente sin que su amistad padeciera; en un mismo periódico podían colaborar escritores de ideas fundamentalmente contrarias; en las Academias, Sociedades y simples tertulias de café las personas de distintas opiniones alternaban con una cortesía del mejor tipo civilizado.

Al cruzar frente al palacio de las Cortes, tan resonante, tan custodiado por guardias de pistola y porra al cinto, yo no he podido impedir que me asaltase una mezcla de melancolía y de horror. Melancolía de las cosas que están minadas por dentro; horror de cuanto se ha hecho y dicho ahí dentro en los últimos años. Ahí han mugido en libertad los jabalíes y han cacareado las cotorras hasta enronquecer. Ahí se ha zarandeado la piel de toro de nuestra Península y se la ha desgarrado y humillado. Se han decretado todas las aventuras reformistas con una confianza alegre y valerosa. Han surgido las leyes más atrevidas e imposibles como si España, en vez de ser una vieja nación hecha y derecha, fuese el territorio mostrenco donde se pueden probar todas las fantasías sociales. Y mientras tanto, se extendía y aumentaba por el mundo la ola de los problemas críticos, la mayúscula transcendencia del apuro económico y de la angustia ideológica. Y al mismo tiempo que la inundación llegaba a España, y que España se empobrecía y se dramatizaba por momentos; cuando las fuerzas extremistas cundían por el fondo siniestro de la sociedad y comenzaban a desbordarse en erupciones de atracadores y asesinos, ahí dentro, con la espalda vuelta, los parlamentarios seguían haciendo trizas al país a fuerza de leyes y palabras...

* * *

Una vez, el famoso novelista Wells vino a Madrid y pronunció una conferencia: *El dinero y la civilización*. El gran escritor pudo convencerse pronto de que no debía venirse a España con temas de una categoría universal. Se le atendió mucho, pero no se le hizo caso. Se figuró que España, puesto que entraba en una nueva existencia, tenía que encontrarse preparada para entender las voces de los grandes problemas del mundo contemporáneo, y se encontró con un país reconcentrado en sí mismo, localista, en plena guerra de partidos y ciego para todo lo exterior.

En algunos pasajes de su conferencia, el señor Wells hablaba bajo los mismos estímulos sombríos de Oswald Spengler. “Nuestra civilización se hunde —dijo—. No hagamos caso de la absurda doctrina que promete el remedio por la revolución social. Este régimen se salva por sí mismo o perece. En Inglaterra la criminalidad ha aumentado en los últimos años en un cien por ciento. Pero esto no es fatal ni inevitable. Basta con que los pueblos se pongan de acuerdo para dar fin a sus querellas y arreglen su cuestión monetaria. No soy tan ingenuo que crea que en esto reside el remedio único para nuestros males. Pero esto es, desde luego, lo más urgente.”

Aquí se nota claramente la diferencia que separa el pensamiento inglés del alemán. El optimismo anglosajón empuja a Wells a encontrar soluciones posibles frente a la catástrofe que se anuncia; y son soluciones parciales, en cierto modo inocentes, y, desde luego, de una finalidad momentánea. Un arreglo monetario entre las naciones puede, en efecto, reavivar los negocios universales y hacer que vuelva la anterior prosperidad. Pero esto sería en todo caso un paréntesis, una tregua en la crisis. El ojo alucinado de Spengler mira más lejos y va a lo más profundo, y allí descubre la evidencia de las causas fatales que condenan a muerte a nuestra civilización. En otra ocasión expuse mi disconformidad con esa teoría de la desaparición de la civilización. Creo, efectivamente, en un estado de catástrofe, pero opino que el mundo civilizado no ha de hallar esta vez, como en la decadencia de la cultura clásica, el descanso letal de una nueva Edad Media, sino que se verá condenado a vivir en tremendas y sucesivas convulsiones, en una fiebre, en una tragedia continua, como nunca conocieron los hombres, hasta que surja el día de luz y de serenidad. Para empezar de nuevo... Pues el destino dramático del mundo no ha de rectificarse de pronto porque así lo quieran unos cuantos soñadores.

Es evidente que nos hallamos en un momento de conmoción universal que invita a todas las terribles conjeturas. Y cuando se habla de crisis económica no se ha aludido sino a una de las partes de la conmoción del mundo. Es el mundo entero el que se encuentra en crisis, y el incidente económico no es más que una parcial consecuencia de ese fenómeno de conjunto. Al decir el señor Wells que la criminalidad en Inglaterra ha aumentado en un por cien por ciento, es entonces cuando más se acerca a la base del trágico fenómeno. Porque se trata de una crisis moral, es decir, de un derrumbamiento o una transformación de todos los valores éticos y espirituales por los que ha venido rigiéndose hasta hoy la sociedad de estirpe blanca. Casi repentinamente, la sociedad civilizada ha roto los muros de contención que antes la retenían y ha sobrevenido un desbordamiento que alcanza a todos los órganos fundamentales, desde el arte, desde las costumbres, desde el sentido del amor, desde el concepto del pudor y la intimidad, hasta la religión y el derecho de la propiedad. La revolución alcanza a las libertades individuales que se creían más firmes e indiscutibles, a través de la doctrina soviética y fascista en que el individuo desaparece en la comunidad imperativa del Estado. Y junto a esta anulación de la persona independiente se acentúa, por otra parte, una especie de moral de la libertad sin condiciones; el pistolero que asalta un Banco, el arrendatario que se niega a pagar la renta, el poeta que versifica como le da la gana y el desnudista que exhibe por las calles la intimidad de su cuerpo, son efectos similares de una misma insurrección personalista y anárquica.

Pero estos efectos tienen que notarse más en un país como España, donde las fuerzas de contención eran más sólidas y complicadas. La República llegó en el instante agudo de la crisis, y ella misma ha sido, si se mira bien, una consecuencia fatal de la crisis. La República abrió todas las compuertas, derribó todos los muros de contención, y España podemos decir que se ha desbordado. ¿Podía impedirlo la República? Era difícil intentarlo, porque la República traía precisamente el previo compromiso de operar contra los fundamentos tradicionales de la nacionalidad. Estos fundamentos han sido necesariamente sacudidos, arruinados o ultrajados, porque había que dar satisfacción a los viejos y hondos anhelos de la masa radical. Y ahora se encuentra con dos duras faenas a realizar: tiene que corregir o atenuar los estragos producidos por el cambio de régimen, y necesita hacerlo en el instante en, que la crisis económica y moral del mundo llama a las puertas de España con alarmante insistencia.

Una revolución es siempre una caja de sorpresas, de la que surgen situaciones imprevistas y desconcertantes. Y es cierto que si muchos republicanos españoles de la época anterior resucitasen, sin duda verían asombrados, y tal vez defraudados, que el ideal político que ellos amaban se les había convertido en una cosa completamente distinta. Herederos de la Revolución francesa, ellos ponían en primer término a la patria, y hoy se encontrarían con una República antinacionalista, de tipo internacionalista y sin fondo patriótico. En sus almas resonaban las evocaciones históricas de Castelar y el recuerdo de las antiguas glorias nacionales, y ahora verían, en cambio, que España hacía en Ginebra una renuncia absoluta a la guerra, mientras el Gobierno se preocupaba de deshacer el ejército y humillar a la oficialidad. Se encontrarían también con que la República daba plena satisfacción al nacionalismo catalán, lo que virtualmente equivale a romper la unidad de España. En fin, hallarían que se había establecido, por el arte de escamoteo o de birlibirloque que toda revolución comporta, una verdadera República de fondo socialista.

Riesgo temible en todas partes, pero en España principalmente. Porque frente al predominio de la masa popular no existen aquí defensas considerables; no hay una burguesía poderosa y con verdadero sentido de su responsabilidad, ni una clase media capacitada. Quedaba una clase alta que mantenía la tradición de las maneras distinguidas, y una organización política que dentro de su decadencia conservaba los métodos civilizados. Pero lo popular lo ha derribado y manoseado todo, y lo popular en nuestra nación presenta un torso demasiado duro. El efecto no ha tardado en manifestarse. Se nota en las calles de la capital, y los extranjeros y los mismos provincianos sinceros observan con sorpresa y pena cómo la villa antes cortesana se inunda de una humanidad

inferior, mal vestida, insolente; de plebe auténtica, en una palabra.

Quien se proponga levantar a España no deberá desperdiciar el tiempo, si no quiere que las fuerzas aniquilantes concluyan del todo con su obra. Ahora el problema se halla planteado del siguiente modo: la República tiene rápidamente que encontrarse a sí misma; España, lo más aprisa posible, tiene que *encontrarse y recuperarse* a sí misma... ¿Será ahí dentro, en ese palacio de las Cortes, donde España se recuperará en todo su profundo ser? Pero todo el tiempo que se emplee en alimentar ilusiones es tiempo perdido. No se olvide que en las horas críticas para una nación, como, por ejemplo, cuando estalla una guerra, primeramente se cierra el Parlamento.

VII. El signo final

Si fuera verdad que el hombre elige el momento de sus decisiones trascendentes, los que en el año 1931 instauraron la República en España merecerían la eterna inculpación de estupidez. Desde luego fueron bastante estúpidos. Pero hay que hacerles la justicia de que ellos no tuvieron toda la culpa, por que el régimen destituido utilizó todos los méritos posibles para que lo destituyeran. Fue una determinación tan intempestiva y realizada de una manera tan rara, que Europa se volvió hacia nosotros con un gesto de estupefacción. Si Kant, a finales del siglo XVIII, ya nos incluía a los españoles en el orden de los extravagantes, con el acto del 14 de abril demostrábamos cumplidamente que éramos el pueblo que vive en efecto aparte y obra sin sujetarse a ningún imperativo de la realidad. La nación más monárquica y católica del continente, la que conservaba en la Historia un estilo más marcadamente tradicional, de pronto se lanzaba a la aventura republicana y socialista, antirreligiosa y antijerárquica con un entusiasmo sorprendente. Como si en el mundo no estuviera ocurriendo nada. Precisamente cuando el pánico hacía contraerse a las naciones y buscar las últimas reservas del instinto de conservación ante el *crac* de la economía que entonces empezaba a ser tremendo y ante el crujido de la civilización misma. España, entre tanto, se ponía a hacer la experiencia democrática del tipo francés radical, con aportaciones de tipo socialista copiadas a los socialdemócratas alemanes. Es decir, aquello mismo que había fracasado ya en Europa y se estaba recogiendo todo lo apresuradamente que cada país podía, porque el terremoto universal no permitía que se perdiera tiempo.

El movimiento de curiosidad que despertó España en el mundo se ha extinguido y nadie nos hace caso. ¿En qué sentido puede contar una nación que voluntariamente ha destruido un Ejército, ha malbaratado su Hacienda, ha empobrecido su Economía, ha desarmado la arquitectura de su ordenación monárquica, que era siempre como una posibilidad de algún casual renacimiento, y se ha abierto, en fin, a la inundación de todas las fuerzas de discordia, de turbia ansiedad y de anarquía de su fondo? Alzadas las compuertas, las aguas se han desbordado en remolinos incontenibles en los que aparecen légamos, heces y harapos de obscura filiación. Todo lo que había de contenido o disimulado en los sótanos de la sociedad española ha saltado a la superficie, y en poco tiempo España se ha llenado de asesinos, de pistoleros, de atracadores, de masas mendicantes, de pícaros, de vagos, en medio de una lucha feroz de izquierdas y derechas y ante la impotencia de una autoridad que sólo llega a ser autoridad hasta donde alcanzan las pistolas de los guardias de asalto. Y ni aun siquiera esto, porque los asesinos poseen las mismas certeras pistolas que la autoridad, y la autoridad carece de fuerza para quitárselas.

España se encuentra ahora en el estupor que sigue a un frenesí; el estupor que conocen los que se han enardecido artificialmente con un efímero furor orgiástico. Es la nación enervada y desgredada que contempla los onerosos efectos de un entusiasmo breve, del que no queda nada; no queda nada del entusiasmo, pero ahí están los destrozos bien a la vista, lamentables prendas con las que ha tenido que pagar su caprichosa aventura. ¿Con qué fuerzas de resistencia, con qué ahorros conservadores cuenta para emprender la nueva y difícil vida republicana? En la especie de derretimiento incomprensible de la monarquía se vio al Ejército, a la nobleza y a la alta burguesía plegarse a los acontecimientos en una aceptación sin lucha. Sólo al poco tiempo empezó a alzarse y agrandarse una única resistencia: la Iglesia. Y la Iglesia, como otras muchas veces, acabó por vencer. En las elecciones generales del 19 de noviembre fue la religión la que triunfó, secundada decisivamente por la enorme voluntad del sufragio femenino. Pero es sensible que una nación no

disponga de recursos propiamente civiles en sus clases medias, pequeñoburguesas y campesinas; que no posea reservas auténticamente nacionales y patrióticas y necesite entregar su destino y su causa a la Iglesia. Y la Iglesia es siempre Roma, y Roma es el extranjero. La única fuerza en que tiene que apoyarse el orden, la civilidad, el contenido histórico, el pasado glorioso y la aspiración de un futuro mejor es Roma, y ahí es donde la perplejidad del sincero español se hace dramática. Por otra parte, los que soñaban con un predominio de los elementos republicanos de tipo íntegro han tenido tiempo de desengañarse; así como el orden conservador ha de entregarse al poder, la defensa y la dirección de Roma, los republicanos izquierdistas no pueden dar un paso fuera del estadio del socialismo; tienen las manos atadas y por ninguna parte que se mire asoma la posibilidad de que logren obrar libremente.

Entonces, ante este decisivo repliegue de todas las fuerzas hábiles hacia las extremidades de la izquierda y la derecha, el problema español se simplifica en la forma más aterradora. Cuando una semejante simplificación corta la perspectiva de un pueblo, al extremo de la posibilidad aparece la cosa irreparable: la dictadura.

* * *

Tendamos por un momento la vista hacia afuera, hacia lo ancho del mundo, puesto que España, aunque viva distraída y como en las nubes, al fin tiene asociada su suerte a la del mundo, y de él puede venirle o su miseria más grande o su salvación.

Pronto se ha de saber si la civilización tiene fuerzas bastantes para salir de este atasco en que se halla metida. Ya no pisa terreno firme, y cada esfuerzo desesperado no sirve más que para empeorar la situación. ¿Cuánto durará todavía la angustia? No es posible que se prolongue mucho. No es imaginable que el mundo pueda resistir largos años semejante hundimiento en la zona de la ansiedad, porque todos los elementos de resistencia material y moral están poniéndose a prueba en una lucha contra un poder infinitamente formidable.

¿Pero de dónde arranca esta angustia? ¿Tiene su origen en un proceso moral que haya venido elaborándose secretamente desde hace mucho tiempo, o es consecuencia de un simple atascamiento económico? Por lo general se ha querido reducir el volumen del fenómeno a eso que cotidianamente se llama crisis económica; ¿pero no habrá otras causas más profundas y desconocidas, de las que la misma crisis económica no sea más que uno de los efectos? Para Norteamérica, principalmente, el problema adquiere un sentido de pura materialidad; y es un espectáculo realmente patético y grandioso el que ofrece ese poderoso país empeñado en resolver el ingente conflicto con maniobras y recursos de una estricta lógica materialista. Es como si toda una inmensa nación cerrase voluntariamente los ojos a la verdad ideal y moral para no ver sino la verdad que fluye a flor de tierra. Está tan próxima la era de la *prosperity*, eran tan fáciles y lógicos los beneficios y delicias de ese estado de civilización afortunada, que nadie quiere imaginar que hayan podido malograrse tal vez para siempre. Por eso se prefiere darle a la palabra crisis un sentido materialista y temporal. Esta es una crisis, se piensa, más grave que las otras; pero al fin es un accidente que habrá de pasar como todas las crisis que la sociedad ha padecido anteriormente. Y así vemos a la gran nación democrática investir de poderes dictatoriales a Roosevelt para que restituya el vigor económico, para que circule por el inmenso país la savia productora y negociante; para que “vuelva” el país a su anterior estado de prosperidad. ¡Volver! Terrible palabra que todo enfermo postrado conoce en su infinita emoción de ilusoria ansiedad. ¿Y si la crisis rebasase los sencillos límites de la economía? ¿Y si nos encontrásemos en una auténtica crisis de la civilización?

Espectáculo grandioso el que presenta Norteamérica tratando de conjurar el gigantesco cataclismo. Tiene tal número de millones de obreros desocupados, que su sola enumeración asusta. Y al mismo tiempo se hallan debilitadas o agotadas numerosas fuentes de producción. Entre tanto, los gobernantes inventan soluciones dirigidas todas a promover la circulación de obras, negocios y jornales, imaginando que la sociedad es como una máquina que accidentalmente, o arbitrariamente,

se ha paralizado, y que mediante la intervención financiera del Gobierno se moverá de nuevo con vivaz impulso y “volverán” las cosas a su estado anterior. Con poca diferencia, con una diferencia únicamente de cantidades, en todas las naciones se sigue el mismo plan; un sistema que podríamos compararlo con el de la respiración artificial que se aplica a los atacados de asfixia. En el trance de apuro en que los países se encuentran, nadie descubre otro remedio que éste, el más elemental y al mismo tiempo el más ingenuo. Lo peor será que resulte completamente inútil. Porque si la crisis ataca, en efecto, el fondo de la civilización, los remedios artificiales no servirán sino para prolongar el estado de angustia y de falsedad presente.

¿Qué es, entonces, lo que le ha ocurrido a la civilización? ¿De qué enfermedad adolece? Todos los días tenemos ocasión de observar el caso de esos chicos en edad de crecimiento, que aumentan de estatura a ojos vistas y que se agrandan con un ímpetu pasmoso, hasta que un día cualquiera caen postrados en la cama, febriles y seriamente en peligro. Nuestra civilización liberal, burguesa y capitalista había crecido indudablemente demasiado. Un optimismo juvenil, provocado por los prodigiosos inventos maquinistas, por el idealismo democrático y la fe en el progreso indefinido, puso en acción las energías humanas con una especie de frenesí creador y aumentativo. Todo adquirió un vuelo aumentativo, impresionante; las ciudades se agrandaron enormemente, así como las cifras de los capitales circulantes y el volumen de las empresas fabriles. La vida se agrandó también en sus funciones de lujo, de comodidad, de gasto. Se creó, como quien dice, la industria del gasto, o sea la producción de cosas superfluas o francamente inútiles que han venido aumentando el número de las fábricas y de las masas obreras. Las naciones, en fin, han duplicado o triplicado su población en el espacio de un siglo. Y ahí está ahora el problema. Tan pronto como ha fallado el movimiento regular de avance, y ante el fracaso de la idea del progreso indefinido, la civilización se encuentra embargada por un cúmulo de cargas y necesidades que exceden a sus fuerzas. Por el peso de un lujo exagerado, por agobio de la cantidad en constante progresión, por la responsabilidad de una población humana siempre en aumento. Desde luego, la tercera parte por lo menos de la masa proletaria resulta hoy completamente inútil, y hay que resignarse a alimentarla con carácter parasitario.

La consecuencia de esta situación de perplejidad y de angustia es un estado de espíritu que en cierto modo recuerda al que una tradición más o menos legendaria atribuye al año 1000. Entonces el mundo cristiano padeció una alucinación de fondo místico. El mundo iba a acabarse, y contra ese designio apocalíptico no servían de nada las decisiones de los hombres. Cuando un pensamiento así cruza por la mente de la Humanidad, lógicamente la voluntad de hacer y de perdurar sufre una tremenda parálisis. Esa sí que puede llamarse crisis en su sentido más profundo y trágico. Entonces el fracaso de la idea del progreso ilimitado abre paso a un sentimiento antípoda, lo que yo acostumbro a llamar con el nombre de “presentismo”; es decir, que todas las potencias intelectuales y sensitivas del hombre se aferran con energía, con verdadera desesperación al instante presente. El día de hoy es lo único que vale, porque el día de mañana es oscuro e incierto como la misma fatalidad desconocida. ¿Qué sabemos lo que nos espera mañana? Lo mismo puede despertarnos la noticia de que un repentino cambio de régimen político que la sorpresa de una variación en el sistema de propiedad. Quien posee no está seguro de su posesión, y todos los días experimentan los valores industriales y financieros tales fluctuaciones, tales quiebras, que positivamente la propiedad y la riqueza han pasado sin saberse cómo de un sentido incommovible a un orden inmensamente pasajero y precario. El rico siente que su vida de poder y bienestar, tal como se mostraba antes con una especie de representación de lo eterno, pende de hilos fragilísimos, y por su parte el asalariado no sabe si al día siguiente el jornal se le ha de desvanecer entre las manos. Y así, perdida la fe en el mañana, con todas las inminencias dramáticas en torno, el hombre de la civilización pide a la vida lo único que no puede mentir ni negar: el momento presente. Es la psicología del año 1000. El culto de “presentismo”, que se caracteriza por una nerviosidad locomotiva, por una impaciencia de los espectáculos repetidos, por un sensualismo grosero y un orgiastismo precipitado que se confunde

con la glotonería. Los norteamericanos en el *cine* han concluido por servir la lujuria en serie, como para sensibilidades de glotón: cien muchachas hermosas y desnudas ofreciendo la obscenidad de sus muslos y sus senos para que se sacien de golpe las miradas de los ávidos contempladores. Y entonces, como el culto del “presentismo” resulta costoso, no podemos sorprendernos excesivamente de que la gran estafa de Stavisky ponga al descubierto la complicidad de innumerables diputados, magistrados, periodistas, ni que anden los bandidos urbanos asaltando a la gente por las esquinas de las calles.

Este sentimiento trágico no está confinado en la región del instinto y de la vaguedad, sino que se ha hecho idea fija en algunas de las mejores inteligencias. Para Spengler es tan claro como la luz el fin inexorable de la civilización de Occidente, mientras Berdiaef vaticina la aparición de una nueva Edad Media. En oposición a esta tendencia del pensamiento germánico, alza su protesta el espíritu francés, sobre todo en el círculo de los escritores neomonárquicos y católicos. Desde Maurras hasta Massis, pasando por Maritain y Daudet, todos los franceses tradicionalistas declaran la guerra a la interpretación alemana de la vida, y hacen principalmente a Spengler objeto de su furia. A ellos les basta el concepto clásico monárquico y católico de la civilización, aunque su monarquismo y catolicismo sea más intelectual, más artificial y forzado que producto de una honda y fervorosa fe. Y es que el poderoso instinto conservador francés se resiste a toda idea de cambio, por lo mismo que halla en su historia y en la organización de su vida, social, familiar y económica cuanto de mejor y más logrado puede ambicionar el hombre. No quiere embarcarse en otra nueva aventura como la de la gran Revolución. Para el tipo medio del francés ilustrado, lo más agradable sería que el genio autoritario de la Historia ordenase que las cosas se mantuvieran perennemente como hoy están.

Todo cuanto dice el escritor alemán puede ser aceptado sin objeciones, mientras su sombrío pensar no nos conduzca al último punto de su idea apocalíptica. Que la civilización occidental se ha hecho víctima de su propio ardor dinámico y colosalista es una verdad que cualquiera de nosotros puede reconocer. El desenfreno industrial, la especie de furor aumentativo en todas las esferas de la vida, la audacia de la especulación ayudada por una fuerza maquinista que el hombre antiguo no se hubiera atrevido a soñar nunca, han conducido a la sociedad de raza blanca a la situación de perplejidad y de estancamiento en que hoy la contemplamos. Y no se trata de una crisis como otra cualquiera, efectivamente, sino de una verdadera catástrofe.

Pero la idea de catástrofe toma en Spengler un sentido de culminación con el cual ya no podemos sentirnos conformes en absoluto. Spengler aprovecha las pruebas de la catástrofe que aflige al mundo para dirigirse derecho a las últimas consecuencias de su trágica teoría. Es decir, a la confirmación de que el mundo moderno está llegando al final de su decadencia, y de que nada podrá ya impedir que nuestra civilización se precipite a su acabamiento en la misma forma que las civilizaciones anteriores. “Esta técnica maquinista, dice, acaba con el hombre faústico, y llegará un día en que se derrumbe y en que se “olvidarán” los ferrocarriles y barcos de vapor, como antaño las vías romanas y la muralla de China, y nuestras ciudades gigantescas con sus rascacielos, lo mismo que los palacios de la vieja Menfis y de Babilonia...”

Según esto, las cosas se hallan sometidas al mismo proceso del nacer, el crecer y el morir. Las civilizaciones siguen, por tanto, el curso de esa fatalidad; primero son balbuceos infantiles y heroicos; después alcanzan las alturas de la creación inspirada y original; más tarde llegan al dominio del saber y al forzoso cansancio, al desgaste de las virtudes creadoras originales, al escepticismo, a la muerte. Hasta que se hunde paulatinamente en una Edad Media.

Otras veces ha sucedido así. ¿Pero estamos seguros de que siempre ha de ocurrir lo mismo? Ante todo, habría que tener en cuenta la diferencia de nuestra civilización con respecto a las anteriores. Todas las civilizaciones pasadas han tenido que desenvolverse en un círculo parcial, limitado de la Tierra. El mundo egipcio, igual que el asirio, desarrollaban su cultura y su fuerza en

territorios que hoy un automóvil puede cruzar en veinticuatro horas. El mundo romano estaba envuelto por extensas regiones desconocidas, donde esperaban su hora las razas inmensamente fecundas que más tarde habían de crear la civilización llamada faústica. ¿Quedan hoy semejantes reservas de Humanidad elevada en algún sitio de la Tierra? ¿Y queda algún espacio de la Tierra que no haya sido influido y dominado aun por la civilización de tipo occidental? La civilización que en otros períodos de la Historia, aun los más gloriosos, no fue sino parcial, hoy merece justamente el título de universal. Sólo este hecho, nunca señalado hasta ahora, bastaría para marcar la enorme diferencia que separa a nuestro tiempo de todos los anteriores. Somos distintos; la Humanidad se ha aventurado en direcciones diferentes y asombrosamente originales. ¿Por qué, entonces, no ha de permitírse nos suponer que el proceso que la civilización moderna siga, haya de ser también distinto, diferente, asombroso?

Es verdad que ante este supuesto se le ofrece a la mente una perspectiva alucinante y en cierto modo más aterradora que la visión catastrófica de Spengler. La decadencia y acabamiento de la civilización supone, al fin y al cabo, un reposo: el reposo de la muerte o, mejor todavía, el marasmo del invierno en una Edad Media reparadora, de la que saldrá después con ímpetu primaveral una nueva cultura, una nueva fase del esplendor humano. Pero esta solución, repetida antes muchas veces, puede fallar con nuestro mundo moderno. Y todo, en efecto, nos invita a pensar que la civilización moderna no encontrará el reposo de la muerte, sino que está condenada por su misma grandiosidad y universalidad a una vida constante y, desde luego, a un vivir progresivamente más cargado de complicaciones, de conflictos colosales, de tremendos callejones sin salida. Y esta civilización privada del recurso de la muerte; esta civilización lanzada precipitadamente a nuevas pruebas gigantescas y rodeada de conflictos sociales, económicos y espirituales cada vez más hondos y difíciles; esta civilización que se halla como si dijéramos en el comienzo de su existir dramático, no podrá confiar la resolución de sus ingentes problemas sino a sí misma. Todo cuanto contemplamos hoy no es nada para lo que tienen que ver los hombres. Estamos en el principio. Y el mundo seguirá su carrera vertiginosa en un deslumbrante suceder de grandezas, de horrores y convulsiones.

¿Y por qué no? La visión, tan cara a las mentes del siglo XIX, que pintaba como ideal un estado de civilización perfecta, pacífica, lograda, en la que todos los hombres alcanzasen la meta de la justicia y la felicidad, esa es una visión conformista y absurda que el hombre actual no puede admitir, porque se halla en contradicción con las experiencias de la vida. La otra visión es más probable. La que nos representa al mundo civilizado marchando entre conflictos y convulsiones, entre derrotas terribles y vertiginosos avances, obligada a vivir sin término, privada del reposo de una reparadora Edad Media, probándolo todo, desde el socialismo hasta la guerra universal, desde el más extenso y pesado materialismo hasta las formas más inauditas de un espiritualismo anhelante, y abriendo, entre tanto, sorprendentes caminos al pensamiento cada vez más audaz y adivinador. Lo imprevisto tiene hoy un valor mucho más revolucionario que nunca, y si juzgamos por las sorpresas que el destino nos ha ofrecido en estos últimos años, tenemos derecho a sospechar que en plazo relativamente breve la civilización cambiará la postura de una manera radical. Pero “cambiar” no quiere decir “volver”. La civilización occidental no volverá a recobrar el modo y el tono psicológico, ni siquiera las formas materiales que adquirió bajo el impulso del progreso ilimitado y principalmente durante la gran locura de la postguerra. Había en su seno demasiado artificio, demasiada irrealdad y mentira, y de todo eso, aunque el sacrificio suponga restas dolorosas y humillantes rectificaciones, la sociedad necesitará ir limpiándose en rápidas y probablemente violentas pruebas.

* * *

¿Cómo se va a pretender que una España realmente “desatada”, con todos sus sostenes tradicionales por el suelo, pueda resistir los terribles riesgos de esta gran hora histórica? En un paréntesis de tranquilidad como el del “fin de siglo” todavía se podía creer que entrase con un

regular acomodo en el juego de una República parlamentaria; hoy es imposible. España no tiene fuerzas para tanto. No será capaz de resistir mucho tiempo sin dar el espectáculo de un país en completa derrota. Es el país que “no sabe” jugar a la democracia, y, en efecto, ya ha tomado todo el aire de una convulsa República hispanoamericana. Los partidos políticos no son tales partidos a la europea, sino “bandos” inspirados por la ferocidad y llenos del ansia descarada de asaltar el Poder sea como sea, para desahogar los odios y para conquistar los cargos y los sueldos. Y el gobernar, en el sentido de una actividad directora y administradora, pierde toda eficacia para ceder el paso a un frenético politiquero, más absorbente e infecundo que nunca. Las fuerzas de disgregación y anarquía, entre tanto, se desarrollan violentamente; Cataluña se aleja un poco más cada día del núcleo nacional, y el obrerismo, libre de toda represión, formando un mundo nutrido frente al Estado, en realidad se ha montado sobre el país y hace lo que quiere y cuando quiere. Y con un espíritu francamente marcial. Así es como ha podido ocurrir lo que era inevitable: esa feroz y desatinada revolución del mes de octubre, en la que se habían confabulado todas las fuerzas desintegradoras de la sociedad y la nacionalidad. La revolución ha podido ser vencida por la fidelidad del Ejército. ¿Pero se han matado las raíces del mal? ¿Se le han arrancado las uñas y los dientes al separatismo y al marxismo?

Para contrarrestar el empuje obrerista sólo existe el poder católico. Por ignorancia, o acaso, mejor por astucia, el obrerismo denomina a esa fuerza católica con el nombre de fascismo. Pero el fascismo a la italiana y a la alemana es, ante todo, un movimiento marcial y principalmente patriótico y nacionalista, en tanto que el derechismo católico español está orientado del lado del Vaticano, y para Roma sólo existe la Iglesia; lo nacional y patriota se pierde en un distante segundo término. Y la Iglesia, además, hoy es pacifista, incapaz de movilizar en sus masas una corriente de violencia combativa, una actividad marcial frente al guerrerismo obrerista. Para eso únicamente sirve el auténtico fascio. Pero el fascio de tipo italiano y alemán no ha podido prosperar en España y es dudoso que prospere en adelante, por la sencilla razón de que el fascio reclama un gran fervor patriota que en España, desde la guerra contra los Estados Unidos, ha ido reduciéndose hasta el mínimo; el fascio reclama un espíritu militarista, y España, por no haber querido, o haber dignamente podido participar en la guerra europea, carece del ardor, la insatisfacción y el estímulo glorioso que deja un período de intenso batallar. Además, el fascismo en España tropieza con oposición declarada de la Iglesia. En cuanto a los republicanos de la izquierda, con sus huestes ateneístas, de laicos viejo estilo y de todos los despojos ideológicos ochocentistas, éstos no pueden ofrecer más que un valor negativo; son los eternos aspirantes al politiquero enconado y los que siempre están dándole vueltas al mito retórico de la revolución, dispuestos cada mañana a sacar a relucir los oriflamas izquierdistas, el cadáver de Galán, el crespón en la bandera y todas esas cosas que, cursis y manoseadas como son, pueden tal vez seguir arrastrando por las calles a la gente como en los tiempos estúpidos del general Riego, el del himno, pero sin más eficacia.

Hemos llegado, en fin, al punto crítico de este “instante dramático”. Y lo más tremendo del drama es esa convicción de fracaso que araña las conciencias de todos los españoles, de todos los republicanos que no sean completamente ilusos o imbéciles. La revolución no ha servido para nada; el pueblo español no sirve para la práctica democrática: he ahí la idea terrible que ninguna retórica de mitin podrá desmentir. La idea terrible de la inutilidad, en suma; pues a los tres años de tentativas republicanas nos encontramos con este hecho irreparable: la inmensa mayoría de la nación se halla cansada y desengañada del nuevo régimen, del cual no espera realmente nada, como no sean nuevas manifestaciones de epilepsia y un agrandamiento de la discordia. Furor motinesco, asaltos al Poder, barbarie y pobreza crecientes. Es porque encararon el problema del nuevo régimen del modo más desatinado.

En efecto, la más inaudita ausencia de sentido político se manifestó entre los que desde el principio tomaron en sus manos la República. Se olvidaron de lo primero de infundir al régimen un sentido nacional. Se disponían a reformar o recrear una nacionalidad y, por lo pronto, demostraron

que ignoraban el estado de la idea nacional en el mundo. Empezaron por decretar la supresión del nacionalismo.

Como se comprometieron a ser lo más avanzado que se pueda ser, en el sentido del internacionalismo intelectual de treinta años atrás, les daba vergüenza mentar siquiera la patria, la nación. Y el caso es que todos ellos habían conspirado junto con los revolucionarios catalanes, y habían contratado con los catalanes las condiciones de su complicidad. ¿No tuvieron tiempo de conocer el espíritu que animaba a Cataluña? ¿No comprendieron que Cataluña iba a la República inspirada por un primero y casi exclusivo sentimiento nacionalista catalán, y en esto Maciá llegaba en su franqueza al cinismo? ¿Que Cataluña, antes que republicana, era nacionalista, y que si defendía la República lo hacía por lo que el nuevo régimen facilitaba el libre desarrollo y uso de la nación catalana? ¿Y que era apremiantemente político el contrarrestar o desarmar el nacionalismo catalán echándole encima una nueva forma de nacionalismo español? Pero hubiera sido demasiado pedirles semejantes intenciones. Todos ellos venían de la época del dreyfusismo, del antimilitarismo y antipatriotismo de Ateneo y redacción; no podían ni sentir ni simular una acción nacionalista de envergadura, capaz de atraer al lado del régimen las porciones medias y bienintencionadas que en España están aguardando siempre, y siempre inútilmente, una política de dignidad nacional; y los socialistas, por su parte, imponían como condición el más bruto y terminante veto marxista a toda pretensión de nacionalismo. Así se explica lo fácil que le resultó a Cataluña desmembrar de hecho a España.

Pero el nacionalismo es hoy una necesidad en los pueblos vivos, y puesto que la República no satisfacía esa necesidad, las comarcas se refugiaron con más fuerza que nunca en su nacionalismo localista. Es cierto que los nacionalismos comarcales existían antes de la República; pero también es verdad que los hombres dirigentes de la República, si hubieran poseído talento político, tenían entonces ocasión de desarmar al patriotismo comarcal ofreciéndole un campo más amplio. Al revés de esto, dejaron que los nacionalismos localistas cobrasen mucho más brío y, lo que es más grave, adquiriesen dentro de la República un estado de legalidad y un oficial reconocimiento de su razón de ser.

Y ahora resulta enormemente penoso el espectáculo de una pugna en que una de las partes, por voluntaria y absurda determinación, obra con una lamentable inferioridad. La lucha es desigual y de un injusto ventajismo. Porque un país lleno de fervor patriótico y de vehemente voluntad nacionalista tiene siempre que ganar frente a otro poder que previamente ha renunciado al nacionalismo y no se atreve a pronunciar el nombre de la patria porque a sus catedráticos, escritores, periodistas y gobernantes les da vergüenza.

La desigualdad es tan abusiva, que un catalán puede hacer con su patriotismo comarcal las más ridículas combinaciones, bailar sardanas con énfasis, hablar de las gestas catalanas, de Roger de Lauria, de todo; pero si un español se descuida en hablar de Lepanto, el catalán le llama cursi. Un catalán puede ofender a España públicamente y hasta con ostentación y ultrajarla en las formas más rencorosas y cínicas; pero si el español replica, justamente indignado, le arrojan al rostro como un baldón la *Marcha de Cádiz*. El español no puede sentirse herido y protestar; si lo hace, le reprochan la falta de tacto y de comprensión, acusándole de que “envenena” las cuestiones. No; con semejante desventaja es imposible la lucha. Hay que perder.

Pudiera haberse fortificado la República haciendo una política nacional que atrajese las fuerzas indecisas, las que tienen sed de patriotismo, las que desean vivir dentro de un orden. ¿Pero quién podía haberlo hecho? Ahí está la cuestión. La República, que nació con una apariencia de suprema legalidad y sensatez, en realidad llegaba con todas las taras de la decadencia. Su aparición normal y pacífica no era más que un fraude; al poco tiempo se vio que la República era un cuerpo tan muerto como la Monarquía recién desplazada. ¿Quién podía haber hecho una política de concentración nacional fecunda y renovadora? Las derechas republicanas, no, por que ni existían en

suficiente volumen ni las dejarán gobernar nunca; estarán siempre en el Gobierno de precario, acosadas por los envites de esa organización demagógica de la rebeldía, que es, en la España actual, lo único que posee una vitalidad y una técnica irreprochables. ¿Y cómo iban los republicanos izquierdistas a realizar una política realmente nacional, española, si se habían entregado a merced de los socialistas y los catalanes? Con los socialistas no había que contar, porque no les conviene una nacionalidad vigorosa y bien integrada. Y los catalanes aborrecen más que nadie la idea de una España fuerte.

Aborrecen esa idea primeramente por el sentimiento de envidia, de odio y de venganza que va naturalmente adscrito a todo movimiento separatista. Y después porque la garantía de la libertad de Cataluña reside precisamente en la debilidad y descomposición de España. Cataluña sabe muy bien que su libertad y su fuerza descansan en la impotencia y desintegración de la nación española. Por eso se ve a los personajes políticos franceses, haciéndose los inocentes y como en excursión de vacaciones, ir a Cataluña; el interés de la tradicional política de Francia, en efecto, se asocia al interés y propósitos de Cataluña. Como que la República se hizo para Cataluña y Francia conjuntamente, puesto que la República significa la supresión final de España en cuanto fuerza posible.

Francia ha visto así resueltos definitivamente los últimos rezagos históricos que le quedaban por ese lado. Se siente del todo tranquila por tener a su arbitrio la frontera del Sur y el país de ultramontes que sirve de pasadizo a su imperio africano. Y se siente además definitivamente vengada por las humillaciones que en otros tiempos le infligió la monarquía española. Pues Francia no perdona ni olvida nunca; cuando la invasión napoleónica, los oficiales del Ejército, no obstante su procedencia republicana, de lo que más se preocuparon fue de vengar la prisión y humillación de Francisco I, casi a tres siglos de fecha. Ya no hay monarquía en España. No hay más que un país inerme que se desmembra él solo, que se cae y se embrutece bajo el gobierno de unos hombres que actúan como niños, como locos y como estúpidos. El embajador francés, entre tanto, distribuye sonrisas y halagos entre ellos, les orienta e instruye, y en el retiro de su hogar puede, en nombre de Francia, reírse de la domesticidad de esos pobres imbéciles de españoles.

La Monarquía claudicó sin resistencia. No supo defenderse, cuando todavía hubieran podido encontrarse recursos inteligentes y abnegados. ¿Pero qué inteligencia, qué abnegación ni profundo sentimiento del deber iba a pedirse a unos monárquico-conservadores del jaez de Sánchez Guerra, Bergamín, Ossorio Gallardo? Eran de esos que en Madrid forman la clase social de los “simpaticones”; que encienden una vela a Dios y otra al Diablo, o sea que gustan de circular en los centros revolucionarios por lo que tienen de distinguido en ciertos momentos, y a la vez disfrutan de las ventajas del monarquismo y de la distinción que el monarquismo, sobrellevado con cierto gesto de fidelidad penosa, llega a comportar. El rey los conocía, naturalmente. Lo que no se explica es que no tomase a tiempo las providencias indispensables, pues no podía ignorar que el trono iba quedándose día a día a merced de cualquier cosa que quisiera empujarlo al suelo.

España había sido preparada desde las filias y fobias de la guerra europea; desde que Primo de Rivera prestó su aquiescencia y ayuda a la organización socialista; desde que la Lliga hizo irreparable el problema de Cataluña; desde que la Prensa y la intelectualidad ampararon todas las fuerzas literarias disolventes: estudiantes subversivos, regionalismos nacionalistas, obrerismo, internacionalismo. Nadie vio la enormidad de la carta que iba a jugarse, o si lo vieron, nadie tuvo el valor moral de oponerse. Cuando una persona inteligente y verdaderamente moral se manifestaba contraria a la emisión de esa suprema jugada, los otros lo miraban con desprecio; porque, ¿quién que no fuera un adormilado podía dejar de ver que el viejo régimen tenía sus días contados? No comprendían que quien se resistía a admitir el hecho que se aproximaba no era que no viese la proximidad del hecho, sino que veía más distante y más claro que todos ellos; veía lo que, después de consumado el hecho, tenía que sobrevenir en esta España para ciertos menesteres incapaz; veían lo que, después de la divertida y enorme jugada, se le iría acumulando a esta pobre patria indefensa.

Por tanto, sólo queda la conjetura de la desesperación. El recurso del náufrago. Se contempla la nación tirada a pedazos por el suelo, y se piensa entonces que para rehacer la vida nacional, para ver de encontrarle al país el camino que ha perdido, para que España vuelva a encontrarse, a recuperarse, no hay otra solución que una dictadura severa e ilustrada, todo lo ilustrada e inteligente que pueda forjarse. Y mejor cuanto más pronto.

Sólo se pueden concebir cortos paréntesis de normalidad política mientras reina el estado de guerra; después tiene que volver fatalmente el estado de subversión y de angustia pública. Todo Gobierno de centro o de derecha será asediado, estrechado, atropellado en cien formas por las fuerzas de la rebelión, haciendo imposible el desarrollo de la legalidad democrática en medio del frenesí de unos partidismos cada vez más obcecados y brutales. Entretanto, la vida seguirá en suspenso; no se estudiará con tranquilidad, no se investigará en ciencias y artes, el trabajo intelectual quedará detenido y la economía nacional descenderá a los últimos planos de la pobreza. Por eso, por lamentable que sea pensarlo, no se vislumbra otra solución que un Gobierno permanente e inteligente de fuerza. Porque los tiempos no son para que España se ponga ahora a “aprender” el uso y los modos medio decentes de la democracia liberal. Y porque si se tarda mucho, puede adelantarse el marxismo, y entonces, con su dictadura, el estrago se habría consumado definitivamente.

La revolución de octubre es cierto que ha producido una impresión profunda; el sentido conservador se ha afirmado ostensiblemente, con la adhesión de incontables personas que del lado casi izquierdista se han pasado a la causa del orden y de la patria. Este milagro al revés lo ha conseguido la insensatez del izquierdismo, que con su desatinada confabulación separatista y socialista se ha deshonrado y provocado en las gentes más tranquilas una furiosa, y bien lógica, reacción. ¿Cuánto durará el poder de esta fuerza? ¿Cómo se sabrá utilizarla?...

Pongamos por último, ya que es tan peligroso el oficio de la profetización, sobre el rostro espectral de España el único signo que nuestra expectación emocionada se atreve a trazar:

?

ARTÍCULOS

El conejo de Indias (ABC, 4 de julio de 1931)

«Procedentes de Salamanca llegaron a Zamora dos propagandistas que están realizando por los pueblos una campaña anticomunista.»

Bien. Pero en el mismo diario en que aparece esta noticia leo otra de Córdoba, que dice que fueron descubiertas dos mujeres alemanas que se dedicaban a hacer propaganda comunista por los pueblos. Y esto era, sin duda, lo que más nos podía convenir a los españoles: que los desocupados del mundo tomasen España como un conejo de Indias para sus personales, fanáticas o pintorescas experiencias. ¿No teníamos suficiente con nuestros propios experimentadores? Cada español tiene en estos momentos, como en la época de los últimos Austrias, un infalible arbitrio para hacer una España magníficamente nueva. Todos se proponen (empleamos por una vez su horrenda palabra) *estructurar* a España. Cada región mantiene apercibido su Estatuto. Más de cuatrocientos varones esclarecidos afilan sus lápices en el Congreso para tachar, rajar, añadir y volver del revés el cuerpo de la Constitución. El cuerpo de España se halla tendido en la mesa de operaciones del gran laboratorio, verdadero conejo de Indias en el cual todos se creen con derecho a poner la mano.

Pues bien, que sea cuanto antes. Que la *estructuración* se realice de una vez. Acaso lo que más olvidan hasta los españoles más responsables es esta sencilla verdad: que el mundo, actualmente, no está para interinidades. Que el mundo se halla en trance de serios acontecimientos, de dramáticas inminencias, de trascendentes determinaciones. Que esta especie de espléndido aislamiento en que confiadamente nos hemos situado es un pecado de modernidad, de solidaridad universal y de civilización. Sobre todo es un pecado de patriotismo. No puede abandonarse al juego de las probaturas, de las experiencias, al juego del conejo de Indias, mientras todo marcha en torno tan aprisa y con tan emocionante gravedad. Pronto, es la voz que alienta en el fondo del ser de todos los españoles que no se dedican al juego de las *estructuraciones*, de las ideologías, de los estatutos. Sepamos de una vez qué especie y qué cantidad de patria nos va a quedar. Por el momento, tenemos una República; pero lo que necesitamos es una nación. Es la cosa que se ha desarticulado, con todas las piezas sueltas y una muchedumbre de operadores discutiendo alrededor. ¿Cuál ha de ser el *tono* de esta España que yo he amado siempre y a la que necesito amar en lo sucesivo?

El tono, el sentido profundo, la expresión y la finalidad de la patria nueva es lo que nadie se preocupa de anunciarme o prometerme. ¿Adónde debe dirigirse España; qué tiene que *ser* España; qué se propone *hacer* España...?

El sub-pueblo

(La Vanguardia, 14 de julio de 1931)

El pueblo. ¿Responderá el pueblo? ¿Se halla preparado el pueblo?... El pueblo respondió, verdaderamente, en forma no esperada por nadie, y la República española pudo presentarse al mundo con una decencia ejemplar. Pero entre tanto se había ido organizando una edición de pueblo, por generación clandestina. Anda por ahí, por la generalidad de las naciones, y no sólo por España. Aquí venía desarrollándose desde hace algunos años en la obscuridad de las dictaduras, no por culpa de las dictaduras, como con fácil explicación podría adelantarse, sino por algo más complicado que arranca de la fatalidad del momento. Y a los pocos días de nacer la república por determinación voluntaria del Pueblo, el otro pueblo, el minúsculo, se ha presentado en escena con todas las proporciones de un fenómeno pavoroso. Pistola en mano. Dispuesto a inocular dramatismo en un país que todo lo tenía preparado para la vida antibélica.

En Guipúzcoa acabo de contemplar las actitudes diferentes de las dos categorías de pueblos. Las izquierdas, de pronto, estimaron que debían presentarse en la villa de Azpeitia para celebrar un mitin y decir y hacer todo lo que fuera necesario. Como represalia. Pues Azpeitia es una población que en las últimas elecciones había votado en masa a la candidatura derechista. Se contaba con los anarquistas y con los federales. Pero los anarquistas dijeron que ellos no iban, porque seguramente ocurriría alguna refriega sangrienta y todos les culparían del desaguisado. Los federales hicieron más. Los federales asumieron toda la profunda responsabilidad que entraña el concepto de Pueblo, y explicaron su abstención del siguiente magistral y sencillo modo:

«En las pasadas elecciones la población de Azpeitia ha manifestado en forma inequívoca sus sentimientos derechistas. No existe a lo que se ve en ese pueblo una respetable minoría sojuzgada, pues toda la población electoral se ha manifestado unánimemente por las ideas que nosotros consideramos reaccionarias y retrógradas. La hostilidad total del vecindario de Azpeitia a la celebración de un mitin o demostración izquierdista verificada por elementos extraños a la población ha de ser patente, sin que esa reunión pueda servir para otra cosa que para exacerbar y enconar estados de irritación que en bien de la República deben amortiguarse.»

Esta es, naturalmente, la buena doctrina. La única doctrina que corresponde a la idea democrática que desde el siglo XVIII ha venido predicándose. Si el Pueblo se manifestase siempre así, hace mucho tiempo que la sociedad tendría su vida pública resuelta. Pero existe por desventura el otro pueblo. El subpueblo. El que no llega ni por tamaño ni por edad a la dimensión de verdadero pueblo.

Conjunto heterogéneo de muchachos. Todos los hemos visto bullir y revolverse en estos últimos años, especie de vélites o de almogávares, tropa ágil y suelta que anda por las avanzadas, con movimientos rápidos e imprevistos, prontos al ataque y a la huida, escurridizos a un tiempo cobardes y audaces, y terribles en su furor sanguinario y destructivo. Muy jóvenes. Entre los quince y veinte años, o menos todavía, está la edad favorable para su recluta. Así pueden mejor que nadie tirar al corazón de los guardias o reducir en un dos por tres a cenizas un convento.

Habría que recurrir también ahora al cine como presunto culpable. Indudablemente este subpueblo casi infantil se ha habituado a interpretar la existencia en aire de cinematógrafo. La vida como película. Y ese hábito de ver funcionar la pistola como una actitud normal, ya sin malicia ni trascendencia por lo cotidiana. Y después, la literatura de Moscú, que les llega por los mil canales y resquicios de las repúblicas irresponsables y despreocupadas. El gusto también del deporte: es

decir, utilizando del deporte su sentido menos noble, o sea la movilidad ratonil y el aire de juego bruto y de aventura. Así es como se ha llegado a la especie de sensualidad de la teoría extremista, sin que importe lo que lleve dentro la teoría ni por los fines que proponga, sino solamente porque es la más extremista de todas y porque halaga el instinto bestialmente romántico de rebeldía.

Antes de llamaba a ese morbosos productor social con nombres que la moderna cultura civil había descartado por respeto a todo lo que es humano: plebe, turba, canalla. Pero no habrá más remedio que restaurar los viejos nombres punitivos. Precisamente para dejar bien señalada la diferencia entre los dos pueblos. Para que se sepa bien que hay una masa de hombres que merece con más motivo que nunca la respetable denominación de Pueblo, y otra que no merece ninguna beligerancia. Por desgracia, esas gentes turbias se filtran en la masa popular y son ellas las que determinan los peores movimientos. La faena más seria para un régimen, un Gobierno, una autoridad de tipo civilizado, consiste sin duda hoy en la necesidad de tener que luchar contra las trágicas expansiones de los ideólogos que tienen menos de veinte años.

Los vascos en entredicho

(El Nervión, 15 de agosto de 1931)

Al país vasco se le mira con cierta prevención desde el establecimiento de la República; fenómeno de psicología pública que ya hube de anotar en un artículo anterior y del que quiero ocuparme otra vez por considerarlo muy interesante. Esta especie de ojeriza proviene de un hecho conocido: las provincias vascongadas y Navarra eligieron en el campo de las derechas a la mayoría de sus representantes en Cortes constituyentes. Para conocer el estado de espíritu de esa opinión pública sorprendida o contrariada, recogeremos un párrafo de un periódico cualquiera. Vamos a reproducir el siguiente:

«Hay en el país vasco una considerable porción clerical y fanática: la mayor en extensión. Pero todas las ciudades, todas las villas y pueblos fabriles, cuanto allí significa trabajo, riqueza, riqueza viva y laboriosa y cultura, es liberal y republicano. Lo reaccionario es el aldeanismo, dominado por el cura y el cacique, lo analfabético y lo parasitario. Número contra calidad; gregarismo contra inteligencia. A votos de esta especie se debe la mayoría obtenida por las derechas vasconavarras en las elecciones generales.»

He aquí unos razonamientos desconcertantes que asombran por su audacia rectificadora. Porque van nada menos que contra el espíritu y la realidad de la democracia moderna, esa misma democracia que ha implantado en España la República por virtud, precisamente, del sistema de la mayoría anónima, de la masa arrolladora, del voto multitudinario. Quien más votos reúne, aquel vence. Sin mirar a la calidad del voto. Por la fuerza de convicción del número de las papeletas reunidas. Como que la valoración de los votos por el examen de sus calidades es la teoría fundamental del sistema aristocrático.

Pero dejemos esto a un lado. Aquí se trata de una diferenciación de dos categorías de pobladores del país vasco; los que habitan las ciudades y las poblaciones fabriles y los labradores de los caseríos y aldeas. Con una facilidad muy desenvuelta se está adjudicando a los primeros todos los derechos, todas las razones de primogenitura, mientras que a los campesinos se les confina en el puesto subalterno de los que valen y pesan poco y casi no merecen que se les tenga en cuenta. Aunque este modo de calificar a los hombres sea en todos los casos injusto y brutal, es posible que en muchas comarcas el habitante de los campos merezca menos aprecio que el poblador de las ciudades y de las grandes villas; generalmente se trata de masas de jornaleros campesinos que carecen de todo y que representan, en efecto, la clase inferior del país. Hasta racialmente, por su tosquedad y plebeyismo, son inferiores. Todo lo contrario ocurre en el país vasco, donde el campesino es la representación más legítima y profunda de la tierra y de la raza.

Los que así hablan tan de ligero olvidan que la cuestión vasca es ante todo una cuestión diferente. Los vascos no forman simplemente un pueblo, un país, una provincia; los vascos son *una raza*. Y a este sentido racial debe supeditarse todo cuanto se quiera hablar de los problemas vascos. En las naciones de abundante y libre inmigración, como por ejemplo la República Argentina, el concepto racial no cuenta nada; sólo cuenta la tierra, el territorio físico de la nación con su trabado sistema de leyes, intereses, formalidades y aspiraciones comunes; la idea de patria surge de esa solidaridad que une a todos los nacidos en el territorio, sea cualquiera el origen de sus antepasados, y con esto es suficiente. Pues bien, el tipo opuesto y perfectamente caracterizado lo podemos situar en el país vasco. Aquí la raza salta al primer término con un exclusivismo absoluto. Es decir, lo vasco es un asunto de raza o no es nada.

Por ignorar lo determinante y lo diferenciado de la cuestión pueden aventurarse todos esos aparentes razonamientos. Razonamientos que si en cualquier otro país pueden tener alguna fuerza, en la región vasca sufren una radical inversión. Es decir, que en el país vasco lo substancial y lo propio, lo que tiene un valor eterno y positivo no es la ciudad, sino el caserío. La ciudad crece mediante la inmigración, o sea lo no racial. La ciudad y los núcleos fabriles son forasteros, extraños y en cierto modo incompatibles con el ser nacional auténtico. De modo que su pensamiento y su sentir se hallan en contradicción con la idea y el sentimiento históricos de la raza. La raza, y por y, por consiguiente, el campesino; he ahí la más fuerte realidad del país vasco. Por tanto, si queremos ser justos y leales ante la realidad, necesitaremos reconocer que todos los derechos están del lado del campesino, y que su voto, por lo mismo, vale más que el del ciudadano. Y esto será exacto en el caso especial del país vasco, mientras se nos presente a la República española como una consecuencia o ampliación de la doctrina de Wilson: toda región tiene derecho a organizarse libremente con arreglo a su propia naturaleza. Y lo auténtico, lo representativo, lo diferencial y más profundo del ser vasco está en la raza, o sea en el fondo de las aldeas y los caseríos.

Castilla transfigurada

(*El Pueblo Vasco, 30 de septiembre de 1931*)

¿Cómo vemos ahora a Castilla? Ahí se extiende, frente a la ventanilla del tren que nos lleva veloces. Igual que otras veces, nos asomamos al original paisaje de la altaplanicie con el espíritu preparado para las ideales evocaciones. ¿Qué ha sucedido, sin embargo, en este poco tiempo? El color de la tierra es el mismo de antes; la tierra no ha variado, ni el cielo, ni el aire, ni los pueblos, ni los cultivos. El paisaje se conserva idéntico. Pero un paisaje de verdadera densidad espiritual, un paisaje que ha vivido mucho en la Historia, y sobre todo un paisaje, como el de Castilla, que todo él es Historia (y que sin Historia no sería nada), está sujeto directamente al cambio de las ideas en curso. Castilla era monárquica; hoy es republicana. Y este simple hecho de formalidad política ha bastado para que la inmensa tierra castellana se nos manifieste con una nueva expresión y con un sentido distinto. Nos han transformado a Castilla. Usando el lenguaje de la burocracia militar, podríamos decir que el general veterano y glorioso que era Castilla ha sido repentinamente jubilado.

Otras comarcas de España pueden haber pasado de la Monarquía a la República sin que se note demasiado la variación de régimen. Pero si hay en el mundo un país profunda y virtualmente monárquico, ese país es Castilla. ¿No era Francia también un país profundamente monárquico?... Sí; pero al alejarse los reyes del suelo de Francia, llevándose el cortejo de la brillante aristocracia francesa, dejaron la gruesa y fértil tierra cruzada por caudalosos ríos; dejaron la opulencia, la laboriosidad, el prestigio universal y el espíritu fino y creador de París, y sobre todo dejaron un sustituto poderoso: la despierta, disciplinada y sólida burguesía francesa. Al marcharse los reyes de Castilla han dejado la tierra lisa y llana. Esa tierra que parecía vivir del prestigio y del recuerdo monárquico y que ahora ha quedado reducida a su propio esqueleto. Tierras pobres, casas de adobes, labriegos. Toda la expresión del paisaje se ha transfigurado de pronto, puesto que un paisaje es un fenómeno mental que sólo adquiere realidad a través de nuestra imaginación.

Antes veíamos a Castilla como quien pasa las páginas de un libro. ¡Y qué prodigioso libro de hazañas y leyendas! Ante la grandeza de los episodios evocados podíamos ignorar la materia grosera de las cosas que veíamos; ni siquiera las veíamos; las casas de adobes, los cultivos pobres, los ríos sin aua, los pueblos míseros, todo eso lo tachábamos espontáneamente para acudir a la contemplación de las cosas insignes preñadas de gloriosas evocaciones. La catedral de Burgos, los torreones almenados de Avila, el castillo de Medina, la religiosa mole de El Escorial. Castilla entera parecía estar hablando a los siglos por medio de imágenes. Y esas imágenes eran bien sencillas de comprender. Realeza, nobleza, religiosidad, marcialidad: he aquí lo que decían con expresivas y emocionantes voces los alcázares, los torreones, las catedrales y las profundas lejanías de Castilla.

La República ha mandado que se suprima todo eso. Es claro que no se ha puesto a derribar los vestigios palpables y reales del pasado; hasta es posible que procure conservar los vestigios monumentales con inteligente esmero. Pero ha *jubilado* al pasado. Es decir, ha acordado que todo el espíritu del pasado de Castilla (realeza, aristocracia, misticismo, belicosidad) sea tenido en adelante como adverso y vergonzoso. La República, en sustitución del viejo espíritu, manda imponer a Castilla el espíritu que podríamos llamar dreyfusista y que se apoya en estas cuatro columnas doctrinales: antimonarquismo, antiaristocratismo, anticlericalismo y antimilitarismo. Precisamente las cuatro bases espirituales que sostenían el ser real y el sentido histórico de Castilla. Sin el Cid y sin Isabel la Católica, sin el duque de Alba y sin Santa Teresa, sin Don Quijote y los Conquistadores, ¿a qué queda, pues, reducida Castilla? ¿A una República de trabajadores (de gañanes)?

Como se ve, Castilla es la porción de España que más tiene que sentir o notar los efectos del cambio político. La revolución sí que ha sido para Castilla una verdadera y honda revolución. Y es tan honda, por lo mismo que afecta a lo substancial de su espíritu y al sentido más profundo de su ser histórico. Un país que era todo él Historia y cuya razón de existir estaba en la Historia, ahora se encuentra desposeído de lo que componía su substancia. La Historia ha sido suprimida o jubilada por decreto...

Tardará mucho tiempo antes de que podamos recobrar el paisaje castellano. Hoy nos lo han suprimido por decreto. Hoy sólo vemos cultivos pobres y villas agrietadas que ninguna emoción sublime nos pueden inspirar. La sublimidad de ese paisaje lo infundían aquellas imágenes y evocaciones que han sido declaradas vergonzosas. Mañana, ¿podrán ofrecernos un paisaje vivificado? ¿Un paisaje que al perder en suntuosidad fantasista gane en amabilidad comfortable? ¿Una tierra con ricos sembrados, con pueblos limpios y alegres, con gentes sanas y cultas que vivan bien? Esto es, en efecto, lo que en el mitin, en el Parlamento y en el periódico están todos prontos a prometer. Pero la áspera realidad suele siempre reservarse el derecho de decir la última palabra.

La República con suerte

(ABC, 9 de febrero de 1932)

Este Carnaval era una prueba seria que tenía que resistir el nuevo régimen. Y el primer día, por lo menos en Madrid, la ha resistido bien. El domingo, con su atmósfera calma, con el pueblo gozoso por las calles, con sus mascaritas y comparsas de siempre, fue un verdadero éxito republicano. Nada tan admirable como eso: ver a la gente marchar desde la mañana en busca de la alegría del Carnaval, los padres tirando de las manos de los pequeñuelos, las más gordas con el crío al hombro, los grupos de enmascarados dando brincos y voces incongruentes. ¡Cuánta fe, cuánta resistencia a las adversidades, cuanto profundo anhelo de divertirse. «¡Dios, qué buen caballero si hubiera buen señor!», exclamaba el viejo juglar. Qué buen pueblo, Señor, para quien quiera y sepa manejarlo...

Primo de Rivera, el estupendo crédulo, se pasaba la vida ponderando la bondad y el pacifismo del pueblo español; lo veía en aire de domingo, y en esa actitud, efectivamente, el español es un pueblo impagable. Pero en la hora de la necesidad, cuando Primo de Rivera tuvo que marcharse, ese pueblo bonachón y dominical lo dejó marchar con toda la indiferencia del mundo. Y ahora, por ahí anda, tan despreocupado y contento. Sí; se ve que ante el domingo responde siempre el país; que el ansia de fiesta y diversión es inextinguible en el pueblo. La cuestión está en como nos arreglamos para entretenerle los seis días de trabajo de la semana. Llenar con trabajo remunerador los terribles seis días de la semana larga, puesto que los escarceos de los *jabalíes* en las Cortes se ve que no son suficientes.

La muchedumbre (la multitud espesa y municipal) no es, seguramente, lo que a uno más le gusta. Pero conquistado por la voluntad de alborozo que el pueblo manifestaba el domingo, confieso que accedí a mezclarme en la corriente vocinglera con la mejor solidaridad ciudadana del mundo. Y entonces me sentí conmovido por una emoción en que el amor y la pena andaban juntos. ¡Esa leal España, que tanto merecía ser dichosa, que tanta convicción pone en serlo, y que no acaba nunca de serlo por la incompetencia de unos y la malicia o frivolidad de otros! ¡Noble pueblo que, después de todo, se contenta con tan poco, que está dispuesto a divertirse con cualquier cosa, y siempre, sin embargo, no se sabe por qué arbitrario azar ha tropezado con la negación!

¡Si fuera tan exigente como los otros pueblos! Pero en realidad su lista de pretensiones cabe en dos líneas. Es el pueblo que ha renunciado a todas las fantasías gloriosas y que sólo desea un discreto buen pasar o un filosófico ir tirando. Con un pueblo así, tan modesto de necesidades y tan desprovisto de los más elementales regalos de la civilización, no se conciben los políticos frívolos o sin entrañas... Pero ahora me doy cuenta de que en pleno Carnaval iba poniéndome demasiado patético.

Lerroux

(ABC, 16 de febrero de 1932)

Nosotros tenemos que agradecer a la fortuna el que nos permita presenciar un caso como éste: el caso Lerroux. El político estupendo que va engrosando en forma casi fabulosa la masa de sus partidarios sin apenas ejecutar un esfuerzo; que va aumentando su prestigio de gobernantes sin decir apenas «esta boca es mía»; que se lleva detrás a los elementos más recelosos y difíciles sin pronunciar un discurso que valga la pena. Y cuando dice algo, tampoco se cuida de hacer demasiadas concesiones. «Yo no soy católico», afirma, y los católicos han puesto en él sus esperanzas. «Yo quiero colaborar lealmente con los socialistas», agrega, y se le unen las clases capitalistas del país. «Yo no pondré ningún obstáculo a la Constitución y la respetaré cuando sea sancionada por la soberanía nacional», exclama, y todos los adversarios de esta Constitución se convierten de una manera tácita al lerrouxismo.

¿Asistimos, entonces a un fenómeno como el de Irigoyen en la Argentina, aquel hombre decrépito que se ocultaba, que no hablaba, que se convertía en un mito, y que arrastraba detrás, sin embargo, a una masa formidable de adeptos fervorosos? Pero el instinto de las muchedumbres puede ser a veces una cosa seria. Y en este caso (y aun sabiendo lo peligroso de lo que voy a decir), una enorme cantidad de españoles han visto en Lerroux eso; una *rectificación*. Porque Lerroux, por más que no diga nada o diga lo que quiera, en este momento de la República representa una actitud de rectificación. Y espontáneamente van adhiriéndose a él todos los «desengañados de la Revolución». O sea todos los que observarán que la República ha tomado un tono, un rumbo y un aire distintos de los que ellos esperaban.

Si ustedes hablan del *ciervismo* por ejemplo, como de una forma política periclitada, es posible que se equivoquen de medio a medio. El *ciervismo* es un movimiento natural y consecuente de la sociedad española. Y en este momento (¡oh, suceso sorprendente!) Lerroux, para esa sección de la sociedad española se ha convertido en el propio Cierva. Las «fuerzas vivas» de todas las poblaciones vuelven a Lerroux la mirada anhelante. Vuelven hacia él la mirada los amantes de la tradición (el caso de Unamuno). Le ofrecen, en fin, su simpatía aquellos innumerables españoles que se fueron alegres y confiados con la República, y que después desearían que todo eso no hubiera sucedido. Pero que, ya que ha ocurrido, que se pudiera rectificarlo. Que las cosas pudieran «volver a como estaban antes», aunque prescindiendo del rey. Y el hombre que creen que puede realizar tamaña empresa es Lerroux.

Y ahora se le acumulan a Lerroux ingentes dificultades, porque poco a poco la nación ha ido transformándolo en un mito, en una especie de superpolítico capaz de enormes hazañas, de milagros; y el mayor milagro que exigen de él (el hombre que se pasó cincuenta años proclamándose radical entre la plebe) es el de hacer «que las cosas volvieran a estar como estaban antes».

La política y las letras

(El Pueblo Vasco, 14 de julio de 1932)

El tema es muy interesante y muy vivo, y no hay más remedio que volver a él una vez más. Me refiero a la parte que los intelectuales españoles han tomado en la instauración de la República, y los cargos de importancia que se han asignado dentro de ella. Desde luego tenemos dos ministros que son catedráticos: don Fernando de los Ríos y el señor Zulueta; don Indalecio Prieto es periodista, y don Manuel Azaña siempre ha sido conocido como escritor y habitual de la biblioteca y los salones del Ateneo. Después, si nos asomamos al Parlamento, descubriremos una gran multitud de literatos, periodistas, profesores y médicos que alternan el cultivo de la Ciencia con el de la Literatura. Si no fuese porque el socialismo ha movilizad o impuesto sus hombres de filiación obrerista, podría decirse que España estaba gobernada por una especie de oligarquía de intelectuales.

Bien, ¿y cómo se encuentran los intelectuales dentro de la República? ¿Cómo es que ha podido transcurrir más de un año sin que la situación quiebre por alguna parte?... Pero el hecho fatal, aunque milagrosamente retardado, no ha tenido más remedio que producirse. En efecto, unos artículos de don [José Ortega y Gasset](#), escritos con singular vehemencia y acometividad, han demostrado al público que la «unión sagrada» puede darse por concluida. Y que la República, por último, penetra en el período arriesgado de la crítica, pero de la crítica provocada desde dentro por los propios republicanos. También [Unamuno](#) y Valle Inclán esgrimen sus plumas.

El escritor, llámese Ortega y Gasset o Perico de los Palotes, no puede hacer más que aquello que su propia naturaleza la dicta. Es víctima de su fatalidad. Ha nacido de la crítica y vive enteramente para la crítica. Para la duda. Para la persecución de nuevas verdades y nuevas formas de pensar y sentir. Por eso digo que estaba resultando un verdadero milagro el hecho de que una situación política compuesta de un cincuenta por ciento de intelectuales se mantuviese tanto tiempo en semejante estado de cohesión, afinidad y optimista conformismo.

Lo natural en el escritor es el inconformismo. Está en la vida precisamente para descubrir siempre alguna grieta por donde colar la acerada punta de su crítica, y si le niegan el derecho a la objeción es como si le condenasen a la última y más horrible de las penas. Además, el escritor no puede nunca renunciar a su especie de sublime egoísmo; desea en todo momento que su yo destaque sobre las personas y los acontecimientos de una manera exclusiva, descollante, y cuando no lo consigue, cuando los acontecimientos poseen por sí mismos suficiente fuerza y personalidad, entonces el escritor se siente disgustado, disminuido, defraudado, y se rebela contra los hechos con todo el poder lacerante de su palabra.

Si esto es común en los intelectuales del mundo entero, tenemos que agregar en el caso de España una circunstancia especial que viene a reforzar el fenómeno. Hay en nuestro país, en efecto, una tradición de inconformidad y crítica literarias singularmente excepcional. El escritor español de los últimos siglos se ha dedicado como quien dice a afilar y perfeccionar su pluma en el dramático deporte de la objeción implacable, y ha sido el cuerpo de España el objeto sensible de sus experiencias. Hasta que en los alrededores de 1893 alcanza esa esgrima de la inconformidad su mayor perfección.

Desde el 98 no ha hecho otra cosa la intelectualidad española que flagelar al régimen gobernante, a la Política, a la Historia, a las esencias nacionales, a las partes vivas de la patria. Y al fin se ha derrumbando todo. Y entonces, en medio de un júbilo patético, han proclamado: «Vamos a

construir una España nueva, una España mejor.» Pero no han contado con que el espíritu del 98 había saturado irremediablemente la intelectualidad española y que la República, por mucho que procure defenderse, al amparo de la «unión sagrada», tendrá que purgar todos los efectos de aquella saturación espiritual.

Dentro de poco se recrudecerá una crítica corrosiva y anhelante que ningún remedio podrá contener, porque las plumas españolas, quién sabe por cuánto tiempo, obedecerán al mandato de su fatalidad.

Purgatorio nacional

(ABC, 16 de septiembre de 1933)

Con una mezcla de ira y de desconsuelo andan por ahí diciendo algunos que la revolución no se ha hecho todavía en España. No se sabe con exactitud a qué llaman revolución, o qué concepto fantástico, como de folletín petrolero, tienen ciertos españoles de una revolución. Cualquier persona de mediano instinto sabe que España se encuentra en un profundo periodo revolucionario. Todo cruje y quiebra alrededor nuestro, y no es el desmoronamiento de las cosas lo impresionante, sino el cambio y la ruina de las ideas que se tenían por más orgánicas, de los sentimientos más arraigados y fundamentales. De tal modo, que el estado de espíritu de los españoles actuales sólo admite un nombre: estupor. No es atonía ni abatimiento, no es dejadez ni cobardía, como muchos pretenden; es un estupor, que por el momento hace como que España se haya paralizado en una especie de expectación insuperable.

Pero en este sucesivo fracaso de las ideas no se libran ni siquiera las otras, es decir, las que parecía que debieran ser imperantes. También a ellas les ha alcanzado el fracaso, y ha de ser bien poco sensible el que no lo perciba. Hemos destruido el mito militar; el mito patriótico queda reducido a la nada; casi está periclitando la idea de propiedad, hasta el punto de que quien posee una granja o un labrantío no sabe si realmente es suyo. Se ha llegado a leer con indiferencia la noticia de que los gendarmes franceses han traspuesto la frontera por el lado de Lérida para perseguir a unos atracadores. Efectivamente, todo lo hemos destruido. Pero en la catástrofe moral empiezan a caer las ideas y las personas que antes traían tan imperioso impulso. El mito radical-intelectualista, por ejemplo, está pidiendo un aire como de Jorge Manrique. Los periódicos poderosos de la izquierda ¿qué se hicieron? ¿Dónde está tanta pluma galana y optimista? Por todas partes vemos surgir escritores desengañados que en formas coincidentes vienen a glosar el «no es esto» de Ortega y Gasset. Las plumas se pasan a bandadas a la oposición. Y es posible ya lo que hace nada más que un año hubiera parecido inconcebible; que un diario republicano llame *desgraciado* al Sr. Azaña. Precisamente el hombre que, por su construcción intelectual, estaba representando el sentido más auténtico del movimiento político. El hombre que a su manera de había transformado en un mito.

Pues bien, todos los mitos se vienen al suelo. Y es probable que esto fuera necesario; que esto llegue a ser conveniente. España penetró en la zona dramática de la destrucción trascendente, y es necesario que se cumpla el destino hasta el fin. Para que brote de la ruina una España renovada, es necesario que España practique todas las experiencias, que aventure todas las pruebas, las más exageradas, para que así vaya curándose de ensueños y desprendiéndose de mitos. Esta misma experiencia socialista es útil que vayamos viviéndola. El mito socialista, que tantos espíritus, entre generosos y atolondrados, amparaban, es bueno que se esté macerando en las garras de la realidad, para que no quede de él más que la evidencia de su incapacidad desnuda.

Dicen que España no tomó parte en el Renacimiento; que no vivió la Reforma, ni el siglo XVIII. Sólo falta que nos acusen de no haber vivido el siglo XIX. Lo verdadero es que España no ha vivido ni sufrido la profunda conmoción de la guerra europea. Y de ahí le vienen con toda probabilidad sus trastornos, sus inquietudes, sus perplejidades. La nación que en un momento dado se excluye de la marea de los acontecimientos universales sufre las consecuencias de esa fatalidad en forma de desorientación y de retraso. Es como el pueblo que marcha a contracompás, por haberse salido fuera de la patética melodía del mundo. España, por tanto, se ve obligada a dar notas incongruentes, que suenan a destiempo y que tiene que rectificar con apresuramiento; o se enfurece

en el error y hace todas las insensateces que la tozudez y la ira aconsejan al atolondrado. Así es como vemos todos los días poner en práctica, como si fueran novedades, ideas o planes que en otros habían sido superados, desechados con mucha anterioridad.

España tenía un gran anhelo de jugar a la revolución. Su atmósfera intelectual, en su parte más alta y en sus zonas medias, estaba cargada de aspiraciones, de sueños, de quimeras; estaba cargada de utopías y de insatisfacción, y realmente su vida era un modo angustioso de existir. Hasta que los hados le han puesto en la misma vanguardia, en la misma línea de fuego de las realidades trágicas. El efecto inmediato ya lo estamos viendo. España se está descargando de utopías y de confusas credulidades, como en una depuración doliente que surge del fondo del propio desengaño. De todo ese mundo en desastre se salvará aquello que tiene raíces firmes en la vida; quedará lo sincero, y el resto de la faramalla quimérica y palabarrera se lo llevará el viento.

No sin cometer antes toda suerte de disparates y de dejar un rastro lamentable de duelos. Pero sin duda era necesario que España conociese una auténtica tragedia y que atravesara un trance de positiva revolución. España necesitaba purgarse, y en ello anda ahora. Por lo pronto, lo que llaman las *nuevas* ideas (y son tan antiguas como el proceso Dreyfus) se encuentran en la zona de fuego de la crítica intelectual izquierdista. El socialismo sufre más que nada los efectos de ese fuego graneado. Saltan en astillas los viejos conceptos quimeristas. Y por el lado de las derechas tendrá también que cambiar el procedimiento. La purgación era inevitable para que pudiera nacer, como indudablemente nacerá, la nación en la que confiamos a pesar de todo, hagan lo que hagan por el momento los irresponsables.

El voto de las amazonas

(*El Pueblo Vasco*, 26 de noviembre de 1933)

La verdad es que yo he votado bien pocas veces en mi vida. Tan pocas veces, que no quiero contarlas aquí para no provocar la indignación de los lectores verdaderamente cívicos. En cambio, el domingo pasado me porté como un legítimo hombre civil. Aunque la mañana era muy fría, antes de las diez ya estaba yo formando el último número de una cola excesivamente larga, dispuesto a sufragar mi voto como el más disciplinado de los ciudadanos. Pero pronto me convencí de que mi acción carecía de un mérito excepcional. Con la misma paciencia que la mía, y hasta mayor si se quiere, había allí aguardando muchísimas personas de todas las clases y edades, todas ellas con las señales evidentes de sentirse satisfechas, como si hubiesen acudido a realizar un cobro o a adquirir unos efectos que les hacían mucha falta.

Uno que fuese un demócrata muy convencido y fervoroso tenía que entusiasmarse allí ante aquellos ancianos que desafiaban el rigor de la intemperie, aquellas señoras sin duda habitadas a las mejores comodidades, aquellas jóvenes con todo el aire de ser cocineras u operarias de taller. ¡Cuántas mujeres se veían en la cola! Un demócrata puro tenía que llenarse de júbilo al contemplar el triunfo del sufragio universal dentro del mundo femenino. En cambio, es posible que más de un republicano consciente se sintiera intranquilo ante una intervención tan nutrida de las mujeres, sabiendo que las mujeres venían a las urnas, como suele decirse, «con las de Caín». Pero el asunto no admitía reparos; era ya demasiado tarde para rectificar.

La numerosa intervención del sufragio femenino daba al acto un aire a todas luces plausible. Pocas veces he visto una *cola* tan bien portada y conducida. Las mujeres tienen fama de ser un poco *ventajistas*, y a veces es indudable que desarrollan un arte especial en eso de adelantarse, de aprovecharse, saltando graciosamente por encima de las reglas y las convenciones. Pero al momento de emitir el sufragio, parecía que las mujeres se habían comprometido a llevar hasta el extremo el deber de la legalidad. No sólo no practicaban la menor argucia ventajista, sino que positivamente daban ejemplo de seriedad y de legalismo a los propios hombres. Y era sin duda porque la mujer se daba cuenta de la enorme responsabilidad que la historia situaba sobre sus hombros. Comprendía que el pleito político cargaba sobre ella, y que lo que ella decidiera sería lo que habría de marcar el rumbo de los sentimientos y las determinaciones nacionales.

Y he aquí el hecho más esencial: la política democrática, en manos de los hombres, había llegado en España a un desgaste que alcanzaba todos los aspectos de la decadencia, desde la abstención indiferente o escéptica hasta la venta de votos y los *pucherazos* caciquiles. De pronto penetra en el estadio un nuevo contrincante, la mujer, y ante su fe y su entusiasmo de voluntad no usada, y por tanto no gastada, el juego sufragista adquiere un brío desconcertante. Toda languidez del juego político, todos los acomodados y convencionalismos son imposibles ya mientras la mujer intervenga con decisión. Y la mujer no sabe actuar sino de esa manera, porque no conoce los términos medios.

Por tanto, quienes aspiran en España a una política de términos medios, una política de *paños calientes*, se me figura que pueden despedirse de su ideal. El *eterno femenino* de Goethe ha infundido a nuestro existir político una viveza y un calor de humanidad con los que, seguramente, nadie contaba.

Conversación con Primo de Rivera

(El Pueblo Vasco, 9 de enero de 1935)

De pronto veo penetrar en mi gabinete de trabajo a don José Antonio Primo de Rivera, hijo del célebre dictador y jefe actual de las fuerzas fascistas españolas. Es una hora de la mañana en que los madrileños no tienen costumbre de hacer visitas, sobre todo en estos crudos días de invierno. Por fortuna, tengo encendida una estufa eléctrica bastante buena y puedo proporcionarle a mi huésped una temperatura confortable. Después me entero de que Primo de Rivera no usa ni sombrero ni sobretodo. Por lo visto, es de esos envidiables seres que andan por enmedio de las inclemencias de la vida embozados en su hermosa juventud.

—¿Cómo es que se ha tomado la molestia de venir a mi casa? —le digo—. Hubiera sido más propio que yo fuese a la suya.

—Es que en estos momentos mi casa se halla un poco en desorden...

—¿O acaso será porque temiera usted...?

—¡No, no! ¡Yo no temo nada! —me interrumpe sonriendo.

Y esa sonrisa ha sido suficiente para que lo esencial del temperamento de mi visitante se me revele de un modo instantáneo e inteligible. La juventud asociada a la simpatía, a la inteligencia, a la nobleza y al valor; he ahí los signos evidentes de ese muchacho bien portado, bello de rostro y de figura, que lleva sobre su persona la grave responsabilidad de un nombre apasionadamente discutido y el no menos grave compromiso de continuar la obra nacional que su padre dejó interrumpida.

Este «yo no temo nada», que Primo de Rivera pronuncia con toda naturalidad, le va muy bien a un joven que es hijo de guerrero y aristócrata y ha tomado la vida en un sentido combatiente y heroico. Pero en sus palabras no se disimula el menor acento de fanfarronería muchachil. Estoy por asegurar que Primo de Rivera es la negación de la jactancia y el empaque.

—Antes nos perseguían a tiros de pistola —agrega—; hoy nos persiguen de un modo aparentemente más legal, aunque más coercitivo. Por ejemplo, no nos dejan publicar un periódico, y necesitamos emplear el sistema medio clandestino del pasquín y las hojas volantes. Pero, naturalmente, nosotros proseguimos nuestra campaña cada vez con mayor entusiasmo.

—¿Y también con mayor eficacia...? ¿Ganan ustedes muchos prosélitos? ¿Entre cuáles esferas sociales recluta el fascismo español el mayor número de partidarios?

—Entre los estudiantes principalmente. Y entre la clase media ilustrada. Ya sabe usted que hace tres o cuatro años ese elemento social estaba absorbido casi completamente por las doctrinas del izquierdismo revolucionario; la atmósfera de las Universidades se veía impregnada de socialismo, comunismo e internacionalismo radical, y su influencia alcanzaba al médico, al abogado, al empleado. Entonces se consideraba que un joven inteligente y brioso no podía ser otra cosa que un adepto de Marx, de Lenin o de Barbusse. Aquello pasó, y hoy puedo asegurarle que entre esa juventud nosotros contamos con más fuerza que nadie.

—¿Y con los otros sectores nacionales? En el mundo agrario, por ejemplo, y en las grandes poblaciones...

—En toda, partes hacemos progresos, sin que quiera decirle con esto que nos sintamos engreídos de nuestros resultados. No; nuestra labor es difícil y tenemos que avanzar paso a paso y a

través de duras dificultades. Pero el vencer los obstáculos, para un partido formado principalmente de jóvenes, en vez de una incomodidad resulta una alegría. Hay que tener en cuenta que somos, como dicen, un partido de derecha, pero no participamos de la principal ventaja que suele atribuírsele a las organizaciones derechistas: el dinero. Somos un partido financieramente pobre. Al principio, las gentes conservadoras nos apoyaron porque veían en el fascismo una fuerza que actuaba como ariete contra la situación republicano-socialista de tipo avanzado; pero después, al ocupar el Poder la nueva conjunción derechista de la Ceda, se conoce que ya no necesitan de nosotros, y hasta nos consideran un peligro. En cambio, para los izquierdistas seguimos siendo unos inmundos reaccionarios...

La risa con que acompaña estas últimas palabras está exenta de toda ironía o amargura. Primo de Rivera se ve que es incapaz de retener en su alma cualquier especie de poso enfermizo, sin duda porque su misma juventud le hace inmune, o acaso porque la conformación de su personalidad está hecha para el optimismo. Así también era su padre; aquel hombre que se lanzó a la más grande aventura sin otra ayuda que su fe y su intuición sorprendente, y que el día en que conoció la derrota de su propia credulidad, el día en que perdió la fe en los hombres y en las ideas, pidió refugio a la muerte.

—Ahora una pregunta—le digo—, Una información que para mí tiene gran importancia. ¿De qué lado se inclina la simpatía del fascismo español? Mejor dicho, ¿cuál de los dos fascismos adoptan ustedes como modelo, el italiano o el alemán?

—Si le declaro a usted que ninguno de los dos —me responde Primo de Rivera— indudablemente habré exagerado, porque el fascismo español, como es lógico, se nutre de los métodos que están experimentando en sus países respectivos los reformadores de Alemania y de Italia. Pero nuestra adhesión no es absoluta. Nosotros pretendemos crear una forma fascista de fondo y rasgos específicamente españoles. Estamos previamente convencidos de que España, aunque no sea ni mejor ni peor que las demás naciones, desde luego es distinta. Tiene características muy acusadas, que es preciso respetar, si no se quiere ir al fracaso, porque sería necio el luchar contra la naturaleza. Por otra parte, la tradición española es demasiado fuerte y rica, y nosotros no vamos a cometer el desatino de desaprovechar esas existencias y lecciones de la tradición. Nuestro país ha vivido anteriormente muchas experiencias sociales, políticas y económicas que hoy en el mundo empiezan a reivindicarse. Tenemos en nuestra historia ejemplos de legislación agraria y ganadera que puede hoy mismo aplicarse con feliz eficacia, así como la organización por gremios y oficios, y los fueros municipales, y los montes y bienes comunales, y la *mesta*, y tantas otras costumbres que nacieron y prosperaron a impulso de la necesidad propia y características de la raza. En fin, pretendemos ser «muy antiguos y muy modernos»... Creo que es una aspiración muy legítima y fácil de comprender.

—Completamente comprensible y bien intencionada. Lo importante ahora es que logren ustedes llevar esa comprensión a la masa del país. Me atreveré a decirle que han llegado ustedes al estadio político cuanto todos los puestos estaban tomados, lo mismo a la izquierda, que a la derecha y en el centro. Tendrán ustedes que forcejear mucho para abrirse paso y apoderarse del sitio de primera fila. Además, tienen ustedes que enarbolar la bandera nacionalista y exaltadamente patriótica en un país que no intervino en la guerra europea y que, por tanto, no mantiene vivo el sentimiento heroico de la vida. Pero el fascismo español se nutre de jóvenes, y la juventud posee recursos con los cuales muchas veces se realizan los milagros.

Antes de despedirnos he intentado llevar la conversación hacia el recuerdo del marqués de Estella. Pero no ha tenido suerte mi tentativa, porque mi joven visitante se ha mantenido en una discreta reserva. El padre es para él sin duda la figura sagrada a la que se tributa un culto profundo y silencioso. No quiere mancillar el recuerdo con palabras que siempre serían imprudentes o irreverentes. Sólo insinúa alguna frase evasiva:

—Mi padre llegó acaso demasiado pronto, cuando España no estaba aún preparada para ciertas experiencias o pruebas...

Un matiz de melancolía en el rostro, que se borra inmediatamente, y enseguida la sonrisa amable y muchachil vuelve a animar el semblante como una promesa de pertinaces y generosas actividades; como un voto que hace el alma filial de realizar en el porvenir la obra patriótica que el padre dejó interrumpida en el pasado.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 564 Eduardo Barriobero, *Un tribunal revolucionario. Cuenta rendida por el que fue su Presidente*
- 563 Winston S. Churchill, *La guerra civil española. Artículos y discursos 1936-1939*
- 562 Francisco Javier Simonet, *La mujer árabe-hispana y otros estudios andalusíes*
- 561 Godefroid Kurth, *¿Qué es la Edad Media? y otros artículos polémicos*
- 560 Juan Valera, *Sobre el concepto que hoy se forma de España y otros artículos*
- 559 Ramón del Valle-Inclán, *Visión estelar de un momento de guerra*
- 558 Hans Holbein el Joven, *Danza de la Muerte*
- 557 Megástenes, *La India (fragmentos)*
- 556 Beroso, *Babilonia (fragmentos) seguido del Falso Beroso de Annio de Viterbo*
- 555 Leonor López de Córdoba, *Memorias (1368-1412)*
- 554 Herrada de Lansberg, *Hortus deliciarum. Calcos de las miniaturas*
- 553 Augustin Cochin, *Las sociedades de pensamiento y la democracia en la revolución francesa*
- 552 Manetón, *Historia de Egipto (fragmentos)*
- 551 Horace Greeley, *La Administración Lincoln y la Guerra Civil (1860-1865)*
- 550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiabolicionista de 1860*
- 549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
- 548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
- 547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
- 546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
- 545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
- 544 *La epopeya de Gilgamesh*
- 543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
- 542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
- 541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*
- 540 Havelock Ellis, *El alma de España*
- 539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
- 538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
- 537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
- 536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
- 535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
- 534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
- 533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
- 532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
- 531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
- 530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
- 529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
- 528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
- 527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
- 526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
- 525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
- 524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
- 523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
- 522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
- 521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos (2 tomos)*

- 520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
 519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
 518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanese del siglo XVII*
 517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
 516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
 515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
 514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
 513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
 512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
 511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
 510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
 509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
 508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Herald*
 507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
 506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
 505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
 504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
 503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
 502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
 501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
 500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
 499 Pere M. Rossell, *La Raza*
 498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
 497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
 496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
 495 Francisco Raull, *Historia de la conmovición de Barcelona en... julio de 1835*
 494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
 493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política... y otros textos*
 492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
 491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
 478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*

- 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
 466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y otros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
 444 Publilio Siro, *Sentencias*
 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
 427 Georges Desdevise du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*
 424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*

- 420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
 410 Tertuliano, *Apologético*
 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
 404 Ángel Pulido, *Espanoles sin patria y la reza sefardí*
 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
 402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532 (2 tomos)*
 399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes (2 tomos)*
 395 *Los españoles pintados por sí mismos (3 tomos)*
 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine (13 tomos)*
 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*

- 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardides de que se sirven los extranjeros...*
 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
 353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
 347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
 330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
 323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*

- 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos* (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)
 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo* (Anti-Kautsky)
 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano* (artículos y discursos, 1930-1932)
 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry* (Selección de las miniaturas)
 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum* (selección de los grabados)
 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia* (2014-2018)
 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra...* (1793-1795)
 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
 286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*

- 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
- 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
- 269 Homero, *La Odisea*
- 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
- 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
- 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
- 265 Homero, *La Ilíada*
- 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
- 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
- 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
- 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
- 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
- 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
- 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
- 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
- 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
- 255 Álar Núñez Cabeza de Vaca, *Nafragios y Comentarios*
- 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
- 253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934*
- 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
- 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
- 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
- 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
- 248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
- 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
- 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
- 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
- 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
- 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
- 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
- 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
- 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
- 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
- 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
- 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
- 236 Platón, *Las Leyes*
- 235 Baltasar Gracián, *El Político Don Fernando el Católico*
- 234 León XIII, *Rerum Novarum*
- 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
- 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
- 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
- 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
- 229 *Concilio III de Toledo*
- 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
- 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
- 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
- 225 José Echegaray, *Recuerdos*
- 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
- 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
- 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*

- 221 *El Corán*
- 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
- 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
- 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
- 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
- 215 *Textos de Historia de España*
- 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
- 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
- 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
- 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
- 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
- 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
- 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
- 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
- 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
- 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
- 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
- 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
- 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
- 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón (4 tomos)*
- 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
- 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
- 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
- 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
- 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
- 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
- 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
- 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
- 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
- 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
- 190 Tomás Moro, *Utopía*
- 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
- 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
- 187 Cayo Velejo Patérculo, *Historia Romana*
- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
- 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
- 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
- 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
- 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
- 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
- 179 Platón, *La república*
- 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
- 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
- 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
- 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
- 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
- 173 Aristóteles, *La política*
- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*

- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España. Versión de Hinojosa*
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*

- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*

- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de Al-Bayan al-Mughrib)
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida* (1868-1912)
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*

- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclaro, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)